

GUILLERMO TELL

COLECCION ARALUCE

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad
pública y para las B. Circulantes

HISTORIA
DE
GUILLERMO TELL

VICARIATO CAPITULAR
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

Barcelona 21 de Octubre de 1914

NIHIL OSBTAT

EL CENSOR

Franc.º de P. Rivas y Servet

PRESBITERO

Barcelona 21 Octubre 1914

IMPRÍMASE

El Vicario Capitular

JOSÉ PALMAROLA

Por mandato de Su Sría.,

Lic. Salvador Carreras, Pbro.

Scríto. Canc.

Por lo que a Nós toca, concedemos nuestro permiso para la publicación de las obras que bajo el título de «Colección de obras maestras al alcance de los niños» dará a luz la Casa Editorial Araluce, de esta ciudad, mediante que de nuestra orden ha sido examinada, y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico o a la sana moral. Hágase constar esta licencia al principio o al final del libro, en la forma anotada al margen, y entréguese dos ejemplares rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

El Vicario Capitular

JOSÉ PALMAROLA

Por mandato de Su Señoría

DR. P. VALLÉS, Pbro.

Pro-Scríto

20.244
2/1.20

HISTORIA

DE

GUILLERMO TELL

RELATADA A LOS NIÑOS

POR

H. E. MARSHALL

CON ILUSTRACIONES DE

I. L. GLOAG



CASA EDITORIAL ARALUCE

CALLE DE LAS CORTES, 392 : BARCELONA

ES PROPIEDAD DEL EDITOR
CONFORME A LA LEY

DOS PALABRAS

ACERCA DE ESTE LIBRO

La historia contenida en este libro es la de hombres y mujeres valerosas, que murieron ha varios centenares de años. Vivieron en país lejano y hablaron idioma distinto del nuestro ; pero lucharon contra tiranos, cual hicimos nosotros y como todos los pueblos que aman su libertad y su patria han hecho. Por consiguiente, leeremos su historia alegrándonos y entristeciéndonos con ellos, igual que si se tratara de nuestro propio país, y hablaran nuestra misma lengua. Porque ya sea Viriato contra los romanos, Pelayo contra los árabes o Espoz y Mina y el Empecinado contra los franceses o Guillermo Tell y sus amigos contra los austriacos, el hecho es idéntico : amamos a los hombres que combatieron por su libertad y por su patria.

Es digno de advertirse que en la época en que los españoles peleaban aún por la recon-

quista del suelo hispano, Tell y sus amigos luchaban por la independencia de Suiza; y que a la batalla de Morgarten, que aseguró la libertad de los suizos, según se narra en este libro, corresponde año más, año menos, la batalla del Salado, por la cual fracasó la última invasión musulmana, conocida en la historia de España con el nombre de invasión de los Beni-Merines. Y si maravilla que nuestros antepasados fueran tenaces durante ocho siglos para expulsar de la península ibérica a los musulimes, no produce menor asombro ver aquel puñado de montañeses luchando contra poderoso imperio y conseguir rápida y decisivamente la victoria.

Sin embargo, algunas gentes dicen que Guillermo Tell no ha existido. Invitémoslas a que visiten Suiza, y vean si el recuerdo de Tell vive o no en el corazón de aquel pueblo.

Espero, pues, que este valeroso pueblo tendrá en lo sucesivo un sitio en vuestro corazón, y que admiraréis a las mujeres suizas, tan valientes como los hombres, pues contribuyeron con su heroísmo a salvar su patria.

INDICE

	<u>Página</u>
De qué manera Gessler y Landenberg fueron a gobernar en Suiza	11
Historia de Arnaldo de Melchthal	21
La historia de Gessler y Stauffacher	31
El sombrero ducal de Austria	39
La reunión de los tres patriotas	43
La reunión en Rütli	49
Guillermo Tell y su célebre flechazo	57
La evasión de Guillermo Tell	73
La segunda flecha de Tell	79
Toma del castillo de Sarnen	93
Muerte del Emperador Alberto	101
La batalla de Morgarten	107

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

—*Deseáis un gobernador—murmuró el soberano:*

Frontispicio

Un heraldo magníficamente ataviado se adelantó	41
Los tres levantaron las manos al cielo y juraron solemnemente	53
Se oyó silbar la flecha	67
Al saltar a tierra, Tell dió con el pie un empujón al bote	77
La segunda flecha de Tell había hallado su blanco	83
Al cabo de uno o dos minutos, Joggeli apareció en la ventana	91
—Es una corona bastante buena para vos	103

GUILLERMO TELL

CAPÍTULO I

DE COMO GESSLER

Y LANDENBERG

FUERON A GOBERNAR EN SUIZA

A mucha distancia de España, en el centro de Europa, se halla el reducido país llamado Suiza. En vez de estar rodeado en su mayor parte por el mar como el nuestro, limita por todos lados con elevados montes y con otras naciones.

En los antiguos y rudos tiempos en que sólo dominaba la razón del más fuerte, y poderosos príncipes y reyes combatían sin cesar por todo el mundo conquistando territorios, maravilla que la diminuta Suiza no fuese sometida por cualquiera de las grandes naciones.

que la rodeaban. Pero los suizos han sido siempre pueblo valiente, que, desde muchos siglos ha, supo conservar la independencia de su patria.

Sin embargo, uno de los grandes príncipes de Europa trató de conquistar Suiza y arrebatárle la libertad de que gozaba. Mas el pueblo combatió con tanta bravura, que, en lugar de ser conquistado, venció a los tiranos y los arrojó del país.

En aquellos lejanos tiempos, Europa estaba repartida de muy distinta manera que actualmente. El soberano más poderoso era el Emperador, y su imperio se designaba con el nombre de Sacro Imperio Romano. Éste se hallaba dividido en muchos Estados, y en cada uno de ellos gobernaba un Rey o un Príncipe, que rendía homenaje al Emperador «señor supremo». Cuando éste moría, su hijo no le sucedía en el trono, sino que, por el contrario, todos los Reyes y Príncipes se reunían para elegir de entre ellos al que debía sucederle.

Suiza era uno de los países que prestaban homenaje al Imperio, pero sus habitantes for-

maban un pueblo libre. No tenían Rey o Príncipe que rigiera el Estado, sino tan sólo un Gobernador, nombrado por el Emperador mismo.

En cierta ocasión un duque de Austria, cuyo Estado era otro de los que formaban el gran Imperio, fué nombrado Gobernador de Suiza, hermoso país, muy quebrado, donde abundan los lagos, valles y bosques. El Duque miraba codiciosamente esta hermosa región, deseando apropiársela. Pero sus habitantes no quisieron perder su libertad; y tres cantones, como se llaman las provincias en que Suiza está dividida, se unieron jurando prestarse mútua ayuda y no someterse nunca a los austriacos.

Uri, Schwytz y Unterwalden eran los nombres de esos tres cantones. Otro más pequeño se unió luego a ellos. Todos se hallan alrededor de un lago, que, por esta razón, se llama el lago de los Cuatro Cantones.

Por fin, Alberto, Duque de Austria, fué elegido Emperador. Era hijo del Duque que antes gobernara Suiza, y tal nombramiento

lo colmó de satisfacción, pues creyó que entonces sería verdadero amo y señor de este país. Pues si bien los suizos habían resistido contra el Duque de Austria, no se atreverían seguramente a oponerse al Emperador, según pensaba éste. De acuerdo con esta idea, mandó a dos de sus nobles a parlamentar con ellos y convencerlos de que lo obedecieran como rey.

—Prometed que en adelante vuestro país pertenecerá al Duque—dijeron aquellos nobles—y él cuidará de vosotros como de sus propios hijos. Como no sois bastante fuertes para luchar contra poderoso enemigo, el Emperador os protegerá si os agredieran. No os propone esas condiciones porque necesite vuestros bienes, sino porque su padre y las historias que ha leído le han dicho lo bravos que sois, y el Duque Alberto admira a los hombres valientes. Os conducirá a la victoria en las batallas y os hará ricos con el botín, dándoos, también, grandes recompensas y haciéndoos caballeros en premio a las hazañas que llevéis a cabo.

Algunos, al oír estas proposiciones, estu-

vieron conformes en someterse a Austria ; pero los hombres libres, los nobles, y, en general, todas las gentes de los tres cantones, contestaron : —Decid a vuestro Señor, el Duque, que nunca olvidaremos cuán valiente caudillo y excelente Gobernador fué su padre, y que por esta razón amaremos y respetaremos siempre su noble casa ; pero deseamos ser libres. Decidle, además, que seremos fieles al Imperio, y como Emperador debe contentarse con esta promesa.

Los mensajeros regresaron a su país a dar cuenta al soberano de lo que el pueblo suizo les había contestado. Cuando lo supo, se irritó muchísimo. Mientras le explicaban el resultado de la misión, dirigía coléricas miradas a los embajadores y golpeaba nerviosamente el suelo. Luego exclamó : —Esos orgullosos campesinos no quieren sufrir el yugo. Bien ; los haremos ceder ante nuestra fuerza y los doblegaremos. Entonces ya estarán más suaves.

Pero, a la sazón, Alberto disputaba con los Príncipes de su Imperio, quienes, a pesar de haberlo elegido, lo odiaban y lo despreciaban,

de manera que, por algún tiempo, no pudo ocuparse en someter a los suizos. No por eso perdonó la negativa a la proposición que les hiciera, y siempre que hallaba ocasión oportuna, les mandaba nuevas embajadas con la misma pretensión.

Trancurrieron muchos meses sin que el Emperador nombrara gobernante para Suiza. Más, el pueblo, comprendiendo que lo necesitaba, le envió mensajeros suplicándole que mandase un gobernador como sus antecesores habían hecho.

—Deseáis un gobernador ;—murmuró el soberano, mientras los mensajeros permanecían respetuosamente ante él,—pues lo tendréis. Id a vuestro país y esperad su llegada . Y tened presente que mi enviado debe ser obedecido en todo.

—Siempre hemos sido pueblo amante de las leyes, señor—replicaron los mensajeros.

—¿De veras?—dijo Alberto en tono seco.—Procurad que vuestras palabras sean verdaderas o, de lo contrario, pagaréis con vuestras haciendas y aun con la libertad o con la vida.

Los mensajeros, muy apesadumbrados, se despidieron del Emperador.

Apenas habían salido, éste sonrió.—No quieren sufrir el yugo—se dijo—pero los oprimiré de tal manera y los haré tratar tan mal, que, por fin, se verán obligados a rebelarse. Entonces los combatiré y conquistaré y' a la postre, Suiza será mía.

Pocos días más tarde, Alberto llamó a dos de sus amigos, Hermann Gessler y Berenguer de Landenberg. Sabía que estos dos hombres eran crueles, brutales y despiadados y por estas razones los eligió para gobernadores de Suiza. También influyó en su elección el hecho de que eran austriacos, condición que debían granjearles el odio de los suizos.

—Señores—dijo en cuanto se presentaron ante él—como ha tiempo que observo el celo y amor que tenéis por mi trono y persona, he resuelto recompensaros. Vos, Hermann Gessler sois desde ahora Gobernador de los cantones de Uri y Schwytz, y vos, Berenguer de Landenberg, del cantón de Unterwalden.

—No tengo palabras con que expresar mi

agradecimiento a Vuestra Majestad—dijo Gessler, inclinándose profundamente.

Landenberg, inclinándose más aún, dijo :

—Vuestra Majestad me honra demasiado.

—El pueblo que vais a gobernar es malo y rebelde,—prosiguió diciendo el Emperador—tan díscolo, que os será preciso valeros de los soldados para lograr el cumplimiento de las leyes. Impondréis las necesarias contribuciones para la manutención de los soldados y castigaréis severamente a los culpables. No quiero que en mi Imperio haya rebeldes.

—Comprendemos muy bien los deseos de Vuestra Majestad—dijo Gessler.

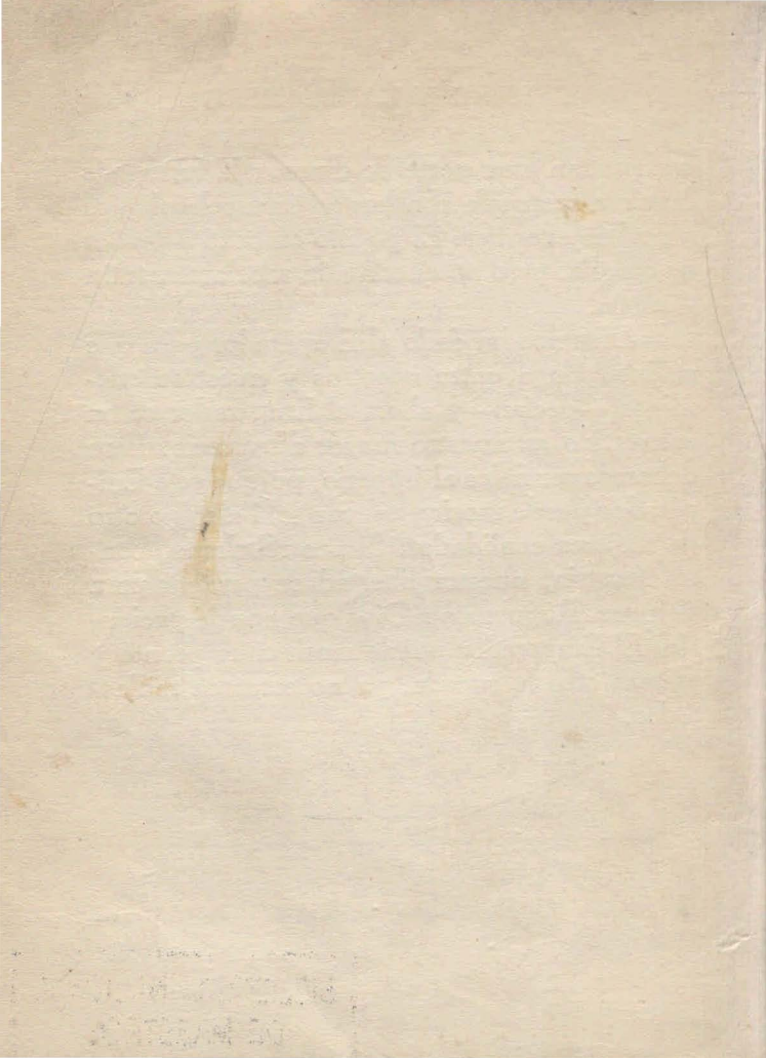
—Vuestra Majestad será obedecido—repuso Landenberg. E inclinándose de nuevo se despidieron del Emperador. Requirieron luego sus hombres y caballos y marcharon hacia Suiza.

Tristes y malos tiempos empezaron a la llegada de Gessler y Landenberg, porque se complacían en oprimir al pueblo. Lo cargaban de injustificadas contribuciones ; nada podía ser comprado ni vendido sin que los gobernadores

reclamaran gran parte de dinero ; la falta más leve era castigada con largos encarcelamientos y multas enormes. El pueblo empezó a perder su alegría, pero no quería aún rebelarse contra Austria.

—Dios nos ha dado al Emperador para que se interponga entre nosotros y nuestros enemigos,—decían—y ahora el Emperador se ha convertido en nuestro mayor adversario. Pero debemos ser fieles al Imperio, porque este Emperador puede morir y tal vez será elegido otro de mejores cualidades. Si nos rebelamos contra Austria, nuestra libertad se perderá para siempre. Roguemos a Dios que nos dé paciencia. El Emperador puede morir muy pronto y apenas otro le suceda, ya no seremos molestados.

180.000
36 00000



CAPÍTULO II

HISTORIA DE

ARNALDO DE MELCHTHAL

EN Unterwalden vivía un bueno y venerable anciano llamado Enrique de Melchthal, conocido y amado por todos sus compatriotas. Llevaba vida tranquila y feliz acompañado de su hijo, en una pequeña granja. Enrique de Melchthal era rico. Grandes rebaños de ovejas y cabras de su propiedad pacían en no muy alta colina contigua a la granja y no menos numerosos ganados pastaban la hierba de los campos que se extendían alrededor de la casa ; y en los corrales, entre los montones de grano, correteaban gallos, gallinas, patos y gansos.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Enrique era ya anciano, pero su hijo Arnaldo era joven y alegre. Los dos se amaban mucho y siempre se les veía juntos una vez terminada la labor. Durante todo el día Arnaldo trabajaba en la granja, dando de comer al ganado, labrando y sembrando. Al anochecer, padre e hijo se sentaban ante el fuego, y unas veces Enrique narraba historias de los pasados tiempos, mientras que otras, el joven, en su gaita, entonaba música de la montaña.

Cuando Landenberg fué a gobernar Unterwalden, se enteró pronto de la existencia de aquella granja, cuya riqueza le inspiró gran envidia.

Presto supo que Enrique de Melchthal era hombre acomodado y, animado por ávidos sentimientos, se propuso desposeerlo de sus bienes para apoderarse de ellos. Pero Enrique era hombre tan pacífico, que Landenberg no hallaba la más mínima causa para castigarlo.

Arnaldo, por el contrario, era joven y aturdido. Odiaba a los gobernadores austriacos y no se ocultaba de manifestarlo. Por fin, un día, Landenberg se enteró de alguna palabra ligera

que dijo el joven al hablar de él y resolvió castigarlo.

Landenberg sabía que Enrique de Melchthal poseía la mejor yunta de bueyes de toda la comarca. Mucho tiempo la había estado deseando para sí y se propuso obtenerla. Con este propósito llamó a su sirviente Rodolfo y le ordenó que fuera a casa de los Melchthal y les quitara los dos bueyes.

Rodolfo, en compañía de algunos soldados, se encaminó a la granja. Cuando llegó allí se enteró de que Arnaldo estaba arando en el campo. En Suiza, como aun se hace en algunos puntos de España, se usaban los bueyes para arrastrar el arado. El servidor de Landenberg se encaminó al encuentro del joven y vió que araba con los dos bueyes de que debía apoderarse.

Arnaldo detuvo a los dos animales y miró asombrado a los hombres que hacia él se dirigían.—¿Qué querrán?—se preguntó; y no pudo menos de irritarse al ver que los surcos recién abiertos eran hollados por los cascos de los caballos.—¿No podían haber ido por el ca-

mino estos indecentes austriacos?—se dijo.

—Muchacho—dijo Rodolfo al hallarse al lado del joven—desunce estos bueyes.

Arnaldo dió un salto hacia adelante gritando :—Que nadie se atreva a hacerlo. ¡ Son míos !

—¡ Tuyos !—dijo Rodolfo—¡ tuyos ! ¡ Ca ! Pertenecen a mi señor Landenberg. Tal vez así lo pensarás dos veces en lo venidero antes de hablar de «el pavo austriaco» cuando te refieras a mi señor.

El joven, tratando de contentar su ira, dijo : —Señor Rodolfo, he sido un aturdido, pero sin mala intención, y ya comprenderéis que dos bueyes es mucha demasiado grande por dos palabras irrespetuosas.

—¿ Quién te ha nombrado juez ?—preguntó Rodolfo.—¿ Cómo podrá un ignorante campesino saber qué castigos son justos ?

—No, no tengo la pretensión de juzgar. Sólo quiero justicia. Si he hecho mal, llevadme ante los jueces y pagaré gustoso la multa que me corresponda ; pero quitarme mis dos bue-

yes!... ¡ah, buen señor Rodolfo! ¿cómo podré arar sin ellos?

—Me importa poco—repuso Rodolfo.—Me han mandado que te quite los dos bueyes y me los llevaré. Si quieres arar, úncete tú mismo. Es para lo único que sirves. Muchachos,—añadió dirigiéndose a los soldados y apoyando la mano en el collarón de madera de uno de los animales—desuncidlos.

Entonces estalló la rabia de Arnaldo.—¡Quietos!—exclamó y con un palo que llevaba dió un garrotazo en la mano que Rodolfo tenía apoyada en el collarón de madera.

Este dió un grito de dolor, porque le había roto dos dedos.—¡A él, muchachos! ¡cogedlo! Ha de pagar caro lo que ha hecho.

Los soldados acudieron para prenderlo, pero Arnaldo era demasiado ligero para permitirlo. Echó a correr por el campo, huyendo, porque no tenía otras armas que su palo.

Era uno de los corredores más veloces del país y los soldados, en cambio, iban cargados con sus pesadas armas. No podían perseguirlo con ventaja y además, en cuanto lo intenta-

ron, cayeron pesadamente al tropezar con los surcos del campo. De esta suerte Arnaldo pudo escapar sano y salvo y se encaminó a un bosque de pinos que estaba en el cercano monte.

—¡Idiotas!—exclamó Rodolfo en cuanto regresaron los soldados.—¿No habéis podido cogerlo? ¡Estúpidos! Desuncid los bueyes y vámonos.

Los soldados obedecieron y las pacíficas bestias que habían permanecido inmóviles durante la escena que acabamos de relatar, inclinaban tristemente la cabeza, cual si comprendieran que no verían ya más a su buen amo.

Aquella misma noche se supo en todas partes que Arnaldo de Melchthal había golpeado el servidor de Landenberg y que huyó después de haberlo hecho. Su padre Enrique estuvo sentado tristemente ante el fuego, pensando en lo que iba a suceder y en si le sería dado ver de nuevo a su querido hijo.

Rodolfo marchó directamente a ver al gobernador a quien dió cuenta de lo sucedido. Landenberg se enfureció sobremanera y mandó a un destacamento de soldados que reco-

rieran el cantón en busca del fugitivo. Pero tal medida no tuvo el menor éxito, porque Arnaldo se hallaba ya muy lejos y bien oculto, gracias a sus amigos.

—Traedme al padre—ordenó Landenberg.

—Sin duda sabrá donde se oculta su hijo.

Los soldados, en cumplimiento de esta orden, fueron a la granja en donde a la sazón vivía solo Enrique y obligándole a seguir, lo condujeron a presencia del Gobernador.

—¿Cómo te llamas?—preguntó Landenberg.

—Enrique de Melchthal.

—¡Ya! Y dime: ¿dónde está el rebelde de tu hijo?

—No lo sé, señor.

—No me digas esto—repuso Landenberg colérico.—No lo creo. Tú lo sabes, pero estáis convenidos para negarlo. Dímelo inmediatamente.

—Señor, no lo sé—repitió Enrique.—Mi hijo no ha vuelto a casa desde el día en que huyó.

—¡Bueno!—exclamó Landenberg.—No lo

creo. Pero pronto te obligaré. ¡Hola, verdugo!

El verdugo entró.

—Llévatelo,—dijo Landenberg señalando a Enrique—y si no quiere hablar sácale los ojos.

—¡Señor, señor, no lo sé, no lo sé!—gritó desesperadamente Enrique. Pero el verdugo lo arrastró fuera de la sala y en vista de que no indicaba el lugar en que se ocultaba su hijo, le sacó los ojos.

—Ahora—dijo Landenberg a Rodolfo—con sus dos ojos ha pagado el mal que su hijo te hizo en tus dos dedos.

—Esto no me enriquece—dijo Rodolfo malhumorado.

—Es verdad;—replicó Landenberg—pero en casa del viejo hay mucho dinero y ganado y tendrás tu parte si me sirves con fidelidad.

Como se lo había propuesto, Landenberg se apoderó de la casa y los bienes de Enrique de Melchthal. Y el pobre anciano, que pocos días antes era rico y feliz, se halló convertido en un miserable mendigo ciego y obligado a errar por el mundo.

Pero las gentes se apiadaron de él. Recordaron cuán bueno y generoso era mientras fué rico y feliz, y a la sazón, que era pobre y desgraciado, lo llevaron a sus casas y trataron de consolarlo y hacerle olvidar lo que había perdido.

CAPÍTULO III

HISTORIA DE GESSLER

Y STAUFFACHER

ENTRETANTO en Schwytz y Uri, Herman Gessler se hacía odiar tanto como Berenguer de Landenberg en Unterwalden.

Gessler habitaba gran castillo en Küssnacht, en Schwytz. Era un edificio triste y sombrío, coronado por amenazadoras torres en las que encarcelaba a las gentes torturándolas a medida de su capricho. Pero no estaba contento con tener tan sólo un castillo. Así, pues, dió las oportunas órdenes para que se empezara la

construcción de otro cerca de la pequeña ciudad de Altorf, en Uri, que se halla en el otro extremo del lago de los Cuatro Cantones.

Gessler obligó a los hombres de Uri a trabajar en la construcción de este castillo, que debía servir, no solamente de vivienda para él, sino también de prisión para el pueblo.

Los hombres de Uri trabajaban, como es natural, de muy mala gana, porque al acarrear las pesadas piedras, que luego eran colocadas unas sobre otras, conocían que estaban edificando una prisión para sí mismos.

A medida que los muros fueron elevándose y los oscuros calabozos de la prisión tomaron forma, los hombres se entristecían más y más. —¿Quién será el primero,—se preguntaban— que ocupará una de estas mazmorras?

Gessler iba a menudo a vigilar las obras y a burlarse de los que en ellas trabajaban contra su voluntad.—No queréis construir mi castillo—decía. ¡Oh fieros leones! ¡Oh testarudos campesinos! Esperad un poco y os domaré de tal manera que obedeceréis el menor de mis caprichos.

—¿Qué objeto tiene este castillo?—le preguntó un amigo suyo en ocasión en que él estaba contemplando los trabajos.

—La doma del pueblo suizo,—repuso Gessler, soltando cruel carcajada—porque quiero poner freno al orgullo de los campesinos.—Estos al oírle, se entristecieron más todavía. ¿Eran acaso tan malos para que se les tratara como bestias de carga?

Después de estar buen rato mirando los trabajos, Gessler y su amigo se marcharon. Iban los dos elegantemente ataviados, como grandes personajes; pero tras de ellos seguían silenciosas maldiciones de las gentes de Uri.

—Amigo mío—dijo Gessler mientras andaba—regresaremos a Küssnacht por otro camino. He oído decir que un insolente campesino llamado Werner Stauffacher se ha hecho construir una casa nueva. Quiero verla, porque la verdad es que no tiene fin la desvergüenza de esta gente.

—¿Y qué os proponéis hacer?—preguntó el amigo.

—¿Qué? Pues sacarlo de ella. ¿Qué necesi-

dad tienen esas gentes de grandes casas?

Prosiguieron, pues, su camino y Gessler iba hablando de las grandes cosas que quería hacer y como se proponía acabar con el orgullo de aquellos «nobles rústicos», como los llamaba.

Llegaron a un puente que cruzaba un riachuelo, en cuya orilla opuesta se hallaba la casa que Gessler se proponía visitar.

Era mucho más hermosa de lo que el Gobernador se había imaginado, y al notarlo se puso a contemplarla maravillado y lleno de ira.

Estaba por completo construída con madera a excepción del tejado, cuyas tejas eran rojas, y las paredes habían sido pintadas de blanco. Las ventanas, que en gran número tenía, brillaban al recibir los rayos del sol, y alrededor de sus marcos, siguiendo la costumbre de la época, estaban pintados en letras blancas multitud de nombres y proverbios.

«Esta casa fué mandada construir por Werner Stauffacher y Gertrudis de Iberg, su esposa, en el año de gracia 1307. Quien bien trabaja, bien descansa» leyó Gessler. Pálido de ira

acabó de atravesar el puente y se detuvo ante la casa. Estaba furioso al pensar en la cantidad de dinero que habría costado su construcción.

Al lado de la puerta alzábase un corpulento y añoso tilo, y, a su sombra, sentado en un banco de madera, se hallaba Werner Stauffacher.

Cuando Gessler se aproximó, Stauffacher se levantó de su asiento y descubriéndose, le dijo : —Bienvenido seáis, señor.

Gessler no contestó a la salutación de Stauffacher.—¿Qué casa es ésta?—preguntó a pesar de saber perfectamente a quien pertenecía. Necesitaba una excusa para despojar de ella a Stauffacher y se figuraba hallarla en la respuesta del propietario.

Pero éste, al percatarse de la irritación de Gessler, y siendo hombre muy prudente, contestó con calma :—Señor, esta casa pertenece a Su Majestad el Emperador, y aunque es suya yo la habito en feudo para su servicio.

—Yo gobierno en este país,—dijo aún más irritado Gessler,—gobierno en este país en nombre del Emperador y no quiero permitir que

los campesinos se construyan casas a capricho suyo sin mi permiso. No quiero que vivan como señores. Espero que lo habréis entendido.— Y sin añadir nada más, dió media vuelta y se marchó seguido de su escolta.

Werner Stauffacher miró como se alejaba y asediado por lúgubres pensamientos se sentó de nuevo en su banco, a la sombra del tilo.

Mientras se hallaba en esta postura, con la cabeza apoyada en su mano y mirando distraídamente los nevados picos de los montes que a lo lejos se elevaban, llegó Gertrudis, su mujer y se sentó a su lado. Durante algún tiempo permanecieron en silencio ; pero, por fin, la buena mujer, poniendo su mano sobre una de las de su esposo, le dijo cariñosamente :—Werner ¿qué tienes?

—Nada, querida—repuso él sonriente.

—No, no—contestó ella—no me trates como si fuera una niña. Dime lo que ha sucedido. Se que el Gobernador ha estado aquí y esto me inquieta. ¿Qué te ha hecho o te ha dicho?

—No me ha hecho nada—dijo Werner—pero está muy disgustado de que hayamos

construido esta casa. Se ha ido tan encolerizado que seguramente hará cuanto para quitárnosla. Estoy persuadido de ello. Nos tomará la casa, el dinero y todos nuestros bienes. ¿Te parece si tengo motivo para estar triste? ¿A ver, qué haremos ahora?

Mientras Werner hablaba, su esposa se iba poniendo pálida, pintándose al mismo tiempo la ira en sus ojos. ¡Oh!—exclamó—¡es vergonzoso! ¿Hasta cuándo vamos a sufrir la tiranía de los austriacos? ¡Si yo fuera hombre!

Y, levantándose, se puso a pasear nerviosamente ante la casa. Luego volviéndose hacia su marido, le dijo:—Werner, escúchame. Cada día nos enteramos de alguna nueva injusticia. Sabemos que el pueblo de Schwytz está cansado de soportar a nuestro Gobernador y sin duda lo mismo les sucede a los de Uri y de Unterwalden. Ya comprenderás que así debe ser. Ahora, fíjate bien. Marcha secretamente a ver a tus amigos, habla, y discute con ellos el mejor medio para libertarnos de la tiranía austriaca. ¿No conoces a nadie en Uri y Unterwalden en quien poder confiar?

—Sí,—repuso Werner—conozco a todos los principales ciudadanos, y en muchos de ellos puedo confiar en absoluto. Hay, por ejemplo, Walter Fürst, en Uri y Enrique de Melchthal, en Unterwalden. Estos, indudablemente, nos ayudarán.

—Pues vete a verlos—dijo Gertrudis.—Seamos de nuevo libres como antes. ¿Qué importa la vida si la perdemos por nuestra libertad?

—Gertrudis—dijo Werner levantándose—me has dado el valor que me faltaba. Esta misma noche seguiré tu consejo. ¡Dios me ayude, si no consigo mi propósito!

—¡Lo conseguirás!—dijo, sonriéndole Gertrudis, cuyos ojos que antes brillaban de ira, estaban húmedos de lágrimas.

CAPÍTULO IV

EL SOMBRERO DUCAL DE AUSTRIA

WERNER Stauffacher se despidió de su esposa y se encaminó hacia el cantón de Uri. Empleó algunos días yendo de pueblo en pueblo, para averiguar el estado de ánimo de las gentes. En todas partes oyó amargas quejas y lamentaciones contra el poder austriaco. Gessler era cruel para todos, altos y bajos, y todos lo odiaban a cual más. Una de las cosas que más rabia inspiraba al pueblo, era la construcción del castillo cerca de Altorf.

No estaba aún terminado, pero ya Gessler lo usaba para encerrar a los prisioneros.

Stauffacher tuvo gran satisfacción al ver que todos odiaban al Gobernador y que el sentimiento común era absolutamente contrario a la denominación austriaca. Se resolvió, pues, a visitar a su amigo Walter Fürst y para ello se encaminó a Altorf en donde vivía.

Cuando Stauffacher cruzaba la plaza del mercado, en dirección a la casa de Walter, percibió gran ruido de gritos y pasos y se detuvo para ver qué era.

Por la parte baja de la calle venía un destacamento de soldados austriacos. Uno de éstos llevaba un gran mástil. y otro un sombrero rojo adornado con una pluma de pavo. Inmediatamente detrás seguía multitud de mujeres y niños gritando y riendo.

Los soldados se detuvieron en la plaza y formaron un semicírculo.

—¿Donde lo ponemos?—preguntó el que llevaba el mástil.

—Aquí, en el centro.

—No, aquí, en el cruce de las dos calles.

—Sí, es mejor ; porque transita más gente. Mientras algunos soldados obligaban al pue-

blo a retroceder formando corro, otros cavaron en el suelo para hacer un hoyo en el cual fue plantado el mástil, en cuyo extremo superior colocaron el sombrero rojo.

Stauffacher miraba aquella extraña escena, preguntándose qué significaría.

En cuanto la operación estuvo lista, un heraldo magníficamente ataviado se adelantó e hizo sonar su trompeta.

—¡Silencio!—gritó luego—Oid, en nombre de la sagrada Majestad del Emperador! ¿Veis este sombrero al extremo del mástil? Es su voluntad y mandato que todos, al pasar ante él, dobléis la rodilla e inclinéis la cabeza, como si prestárais acatamiento a la misma Majestad de su persona. ¡Y el que desobedezca será castigado con la prisión y la muerte!

Y tras otro toque de trompeta, el heraldo y los soldados se marcharon seguidos por bur-lonas carcajadas de la multitud que allí se había congregado.

—¿Qué nueva locura del Gobernador es ésta?—se preguntaron.

—¿Quién vió nunca estupidez semejante?

—¡ Saludar a un sombrero ! ¡ A un sombrero vacío !

—¡ Si fuera la corona del Emperador !

—¿ Qué hombre bien nacido querrá rebajarse a tal extremo ?

Esto era un nuevo insulto a un pueblo libre. Los suizos no habían rehusado nunca su homenaje al Emperador, ni obediencia a los nobles enviados a gobernarlos. Pero ¡ inclinar la cabeza y doblar la rodilla ante un sombrero ! Esto no podía hacerlo nadie.

Así, con murmullos y los corazones afligidos el pueblo se alejó silenciosamente y la plaza del mercado quedó desierta, exceptuando al soldado que al pié del mástil vigilaba el cumplimiento de la orden.

Abrumado por tristes ideas y presa de la ira más grande, Stauffacher se fué a casa de su amigo Walter Fürst.

CAPÍTULO V

LA REUNION DE LOS

TRES PATRIOTAS

CUANDO Werner Stauffacher llamó a la puerta, Walter Fürst, en persona fué a recibirlo.—¡ Ah, querido amigo !—dijo.— Es agradable satisfacción el veros en estos desventurados tiempos. Muchas veces he deseado hablar con vos.

—También yo para tomar vuestro consejo— dijo Stauffacher entrando en la casa.

Pronto se hallaron sentados los dos y empezaron a conversar. Werner relató cómo, paula-

tinamente, su tristeza había ido aumentando al enterarse de las injusticias y crueldades de Gessler, y que, por fin, después de la visita de este último, su esposa Gertrudis le persuadió de que había llegado la ocasión de obrar. Por esta razón salió de su casa recorriendo varios pueblos, para enterarse por sí mismo del sentir de las gentes y de sus ánimos para coadyugar al movimiento.—En todas partes—dijo—he hallado odio para los gobernadores y para los austriacos. Creo, por lo tanto, que debemos iniciar el movimiento de rebelión contra contra los tiranos, porque el pueblo está dispuesto a seguirnos ; tan sólo le faltan jefes. Guardemos celosamente este secreto y, en cuanto seamos lo bastante fuertes, nos alzaremos contra los austriacos y los arrojaremos del país.

—La señora Gertrudis es una mujer de gran ánimo—dijo Walter—y tiene mucha razón. No podemos permanecer indiferentes ante los actos de tiranía de los austriacos. Si hemos de morir, será mucho mejor combatiendo. Haré, por mi parte, todo lo que pueda entre la gente

de Uri, y vos, Werner, id a Schwytz y alistad a los que quieran combatir con nosotros.

—Entendido—repuso Werner—y Enrique de Melchthal, estoy seguro, nos ayudará en el cantón de Unterwalden. Es hombre de gran corazón...

—¿No estáis, pues, enterado?—exclamó Walter.

—¿Ha muerto?

—No, no ha muerto pero está ciego y pobre. Landenberg, el Gobernador, le ha robado todos sus bienes y además le ha hecho sacar los ojos.

—¡Walter, Walter!—gritó Stauffacher—¿cómo habéis podido permanecer tranquilo ante estos horrores?

—Porque es preciso,—repuso Walter—porque no tenemos otra ayuda que nosotros mismos, y porque Austria es poderosa y nosotros débiles. Pero, no temáis, no estoy tranquilo como parece; la sangre me hierve en las venas cuando en ello pienso. ¡Pobre hombre!

Durante algunos minutos, ninguno de los dos interrumpió el silencio. Luego, Walter habló

de nuevo y relató detalladamente a su amigo lo ocurrido al pobre Melchthal. Arnaldo—añadió—está oculto aquí. Algunas veces va secretamente a Unterwalden para ver a su padre y amigos ; pero ahora está en mi casa.

—Seguramente será de los nuestros—observó Stauffacher.—Es muy joven ; mas para vengar a su padre vendrá con nosotros ; además tiene muchos amigos y parientes en Unterwalden. Llamadle, Walter.

Este obedeció y en cuanto el joven Arnaldo se enteró de los proyectos de los amigos se regocijó sobremanera.—Si combatís contra los tiranos ¿quién podrá abrazar vuestra causa con más entusiasmo que yo?—dijo—Haré todo lo que de mí dependa para conseguir el éxito y a este fin trabajaré sin descanso día y noche y, si alcanzo a ver la huída de los austriacos, me tendré por dichoso.

Entonces rogando a Dios y a los santos que les concedieran su ayuda, aquellos tres hombres, Walter Fürst, de Uri, Werner Stauffacher, de Schwytz y Arnaldo de Meltchthal, de Unterwalden, juraron solemnemente pro-

tegerse uno a otro ; no hacerse traición y ser fieles a su causa hasta la muerte. Juraron, también, ser adictos al Imperio, porque su anhelo era tan sólo combatir contra Austria, no contra el Emperador.

Convinieron en regresar secretamente cada uno a su respectivo cantón y allí persuadir al pueblo a que tomara parte en la gloriosa empresa de libertar al país.

—Nos reuniremos de nuevo—dijo Stauffacher—pero no conviene hacerlo en ninguna casa.

—Es verdad—asintió Walter Fürst.—Conozco un pequeño prado llamado de Rütli, contiguo al lago. Está rodeado de árboles por todas partes y allí nos podremos reunir con seguridad durante la noche.

—Ya lo conozco—observó Arnaldo—es un lugar a propósito.

—Ya lo encontraré—contestó Stauffacher.

—Cruza el lago en vuestro bote—dijo Arnaldo—y nosotros, que ya os esperaremos en la orilla, os enseñaremos el camino.

—Perfectamente. Falta fijar tan sólo la fecha de la reunión—observó Stauffacher.

—Hoy es miércoles ;—dijo Fürts—dentro de tres semanas a las doce de la noche. ¿Está bien?

—Si,—contestó Stauffacher.—Es decir el miércoles antes de San Martín. En tres semanas hay tiempo para hallar partidarios.

—Adiós, pues.

—Adiós, hasta entonces.

—Adiós.

Stauffacher y Arnaldo se marcharon envueltos en las sombras de la noche, mientras Walter Fürst permanecía ante la puerta de su casa viéndolos alejarse.

—¿Cómo acabará esto?—se preguntó.—
¿Qué pasará si fracasamos?

CAPÍTULO VI

LA REUNION DE RÜTLI

TRANSCURRIERON tres semanas y llegó el miércoles anterior de San Martín. El corto día de invierno había terminado. Las luces de las casas estaban apagadas y todo permanecía tranquilo.

En aquella hora, a la luz de las estrellas, Walter, Werner y Arnaldo, salieron de sus casas para acudir a la cita.

El aire era tranquilo y frío. La tierra se hallaba cubierta de escarcha aun cuando no había nevado y los tres hombres iban avanzando

por solitarios senderos en dirección al prado en que debía tener lugar la reunión.

Los tres habían trabajado bien, pero con miedo, porque los espías austriacos se hallaban en todas partes. Era muy difícil, en aquellos tiempos, distinguir el amigo del enemigo. Desde la noche en que se vieron en casa de Walter, no se habían atrevido a reunirse de nuevo y cada uno de ellos ignoraba completamente el resultado obtenido por los dos restantes.

La luna brillaba con luz clara, cuando unas siluetas avanzaron a través del bosque. Arnaldo venía de Unterwalden llevando consigo a diez hombres. Conocía todos los caminos y atajos de la montaña y del bosque y en silencio fué conduciendo a sus compañeros al lugar de la cita.

—Somos los primeros—exclamó al salir de la sombra que proyectaban los árboles, viendo que en el espacio iluminado por la luna no había nadie. Mientras hablaba, en un campanario dieron las doce de la noche. Todos contaron atentamente las horas.—Es la campana de Altorf—dijo Arnaldo.—¡Qué bien se oye

con este aire tan frío ! Ya no pueden tardar.

Mientras aguardaban se pusieron a hablar en voz baja y por fin, a lo lejos, se oyó ruido de remos.

—Será Werner Stauffacher. Veo el bote— exclamó Arnaldo mirando a las aguas del lago iluminadas por la luna.—Esperad un poco, voy a buscarlo para conducirlo aquí.

Después de estas palabras desapareció entre la espesura en dirección a la orilla.

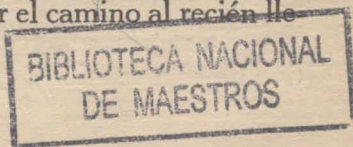
Transcurrió algún tiempo en silencio hasta que el bote se halló más cerca.—¿Quién va? —preguntó Arnaldo en voz alta.

Amigos de la libertad—repuso la voz de Stauffacher.

—Bienvenidos—dijo Arnaldo, cuando la embarcación llegó a la orilla.—Veo que no venís solo.

—No—contestó Stauffacher—traigo a diez amigos de confianza.—¿Y vos?

—Traigo a diez más — contestó Arnaldo disponiéndose a enseñar el camino al recién llegado.



—¿Y Walter Fürst?—preguntó Werner al llegar al prado.

—No creo que tarde—contestó Arnaldo— ¡ Ah, allí viene !—Y en efecto, Walter Fürst llegó al centro del prado. Lo seguían varios hombres entre los cuales se hallaba un joven alto, de mirada inteligente y de simpático aspecto. Parecía valiente y bueno.

—¡ Guillermo Tell ! — exclamó Arnaldo avanzando hacia él y estrechándole la mano. Veo con gusto que sois de los nuestros.

—¡ Guillermo Tell !—dijo uno de los hombres de Schwytz.—¿No es el yerno de Walter Fürst? A menudo he oído hablar de él. Se dice que es el mejor balletero de Suiza.

—Así es—repuso otro—he visto como, de un flechazo, a cien pasos de distancia, atravesaba una manzana colgada de un árbol.

Entonces a la luz de la luna todos ellos se reunieron formando un círculo, en el centro del cual se hallaban Walter, Werner y Arnaldo.

—Ya sabéis, amigos,—dijo Walter—el motivo de esta reunión , que celebramos en nues-

tro país libre ; pero, haciéndolo, sin embargo, a media noche por miedo a ser sorprendidos. Soportamos todos muchas crueldades e injusticias, pero ya se ha agotado nuestra paciencia, y los tres hemos jurado libertar a nuestra patria del poder de los austriacos. ¿Queréis ser de los nuestros ?

—¡ Sí !—gritaron todos a la vez.

—Entonces oid el juramento que es preciso hacer—continuó Walter.—Y mientras los oyentes, silenciosos, observaban aquella escena, los tres levantaron las manos al cielo y juraron solemnemente :—Prometemos no hacernos traición ni abandonarnos unos a otros ; no pensar nunca en nosotros mismos, sino tan sólo en nuestra amada Patria. Prometemos no despojar a los austriacos de las tierras que en justicia les pertenecen, sino únicamente libertar a nuestro país de su yugo. Seremos fieles al Emperador, pero los Gobernadores austriacos, sus amigos, criados y soldados, serán arrojados de Suiza. Si es posible, queremos hacer todo éso sin derramar sangre, pero, de lo contrario, estamos dispuestos a morir para

legar a nuestros hijos la libertad de la patria que nos legaron nuestros padres. Dios y sus santos nos ayuden y en este juramento queremos vivir y morir. Amén.

Magnas y solemnes resonaron las palabras en la noche tranquila. Ningún otro sonido vino a turbarlas. Sobre las cabezas de aquellos patriotas se extendía el cielo azul oscuro tachonado de estrellas, y en derredor de ellos la umbría selva. Los treinta y tres hombres parecían ser los únicos seres vivientes en todo el mundo. Cuando cesaron las palabras de los tres, una exclamación simultánea salió de todos los pechos. —¡También lo juramos nosotros!—y cada uno de ellos, con la mano alzada al cielo, repitió las solemnes palabras.

Luego discutieron mucho rato el plan que debían seguir, porque la empresa que se proponían llevar a cabo era difícil y peligrosa en extremo. Mas por último se pusieron de acuerdo. Luego las estrellas empezaron a palidecer, la luz de la aurora apareció en el horizonte, y las nevadas cumbres de las mon-

tañas se enrojecieron a los primeros rayos del sol.

Entonces se despidieron, yéndose cada uno a su casa, después de haber resuelto tener un poco más de paciencia porque se acercaba el primer día del año, fecha en que debía acabar la tiranía de los austriacos.

CAPÍTULO VII

GUILLERMO TELL

Y SU CÉLEBRE FLECHAZO

GUILLERMO Tell no vivía en Altorf, sino en otro pueblecito muy poco distante, llamado Bürglen. Su mujer, Eduvigis, era hija de Walter Fürst. Tenían dos hijos, Guillermo y Walter. Este, el más pequeño, contaba unos seis años de edad.

Guillermo Tell amaba mucho a su familia y con ella vivía feliz en su casita de Bürglen.

—Eduvigis—dijo Tell una mañana, al-

gunos días después de la reunión en Rütli.
—Me voy a Altorf a ver a tu padre.

Su mujer sintió alguna alarma. —Ten cuidado, Guillermo—dijo. —¿Quieres ir de veras? Ya sabes que precisamente el Gobernador está allí y que te odia.

—¡Oh! ¡no tengo nada que temer!—repuso Tell. —No he hecho nada que merezca castigo. Pero, además, ya veré de no encontrarlo,—y levantando su ballesta, se preparó a salir.

—¡No llesves la ballesta!—dijo Eduvigis, sintiendo aumentar su alarma.—Déjala aquí.

—Veamos ¿de qué tienes miedo?—dijo Tell sonriendo.—¿Por qué no he de llevármela? Me parecería que dejaba algo de mí mismo.

—¿A dónde vas, padre?—preguntó Walter entrando en la habitación.

—A Altorf a ver el abuelo.—¿Quieres venir?

—Sí, vete con tu padre—repuso Eduvigis.—Serás prudente, ¿verdad?—añadió dirigiéndose a su marido.

—Sin duda—repuso éste; y Walter, echan-

do los brazos alrededor del cuello de su madre, exclamó :—No tengas miedo, madre ; ya tendré yo cuidado de él,—y los dos juntos emprendieron alegremente el camino.

Era para el niño un gran acontecimiento ir a Altorf con su padre y se sentía tan feliz, que en todo el camino no cesó de hablar, haciendo preguntas sobre todo lo que veía.

—¿A qué distancia puedes lanzar una flecha, padre?

—¡ Oh ! a mucha.

—¿Hasta el sol?—continuó el niño mirando al cielo.

—¡ Oh no, no tanto !

—Pues ¿hasta dónde? ¿Hasta las montañas?

—Tampoco.

—Por qué están siempre nevadas las montañas, padre?—preguntó el niño variando el orden de sus ideas. Y así continuaron todo el camino, el niño preguntando una cosa tras otra, hasta que su padre estuvo cansado de contestar.

Walter, con su conversación, distrajo de tal

modo a su padre, que éste olvido completamente lo del mástil con el sombrero ducal, y en vez de dirigirse por otro camino para evitarlo, como era su propósito, se halló de manos a boca en la plaza del mercado y ante el objeto que hubiera querido no ver.

—¡Padre, mira!—exclamó el niño—¡mira qué extraño! Allí hay un sombrero encima de un palo. ¿Para qué será?

—No lo mires, Walter—dijo Tell—el sombrero no nos importa nada. Y cogiendo al niño de la mano quiso alejarse de prisa.

Pero ya era tarde. El soldado que se hallaba al lado del mástil para guardarlo y observar si el pueblo se inclinaba al pasar, como estaba mandado, apuntó con su pica a Guillermo Tell ordenándole que se detuviera.—¡Alto, en nombre del Emperador!—gritó.

—A ver, amigo,—repuso Tell—dejadme pasar.

—No, sin que obedezcáis el mandato del Emperador. Antes hay que inclinarse ante el sombrero.

—No es mandato del Emperador—dijo Tell.

—Es orden del loco y tirano Gessler. ¡Dejadme pasar!

—¡No se pasa! ¡Y cesad de hablar en tales términos de mi señor el Gobernador! No pasaréis sin haber hecho reverencia al sombrero. Y, si no lo hacéis, os llevaré preso. Este es el mandato de mi señor.

—¿Y por qué he de acatar a un sombrero?— exclamó Tell temblándole de rabia la voz.— Si aquí se hallara el Emperador, doblaría la rodilla inclinando ante él mi cabeza con toda reverencia. ¡Pero a un sombrero! ¡Nunca!— y trató de forzar el paso que el soldado le impedía con la pica.

Oyendo ruido y voces encolerizadas, se reunió mucha gente para ver lo que pasaba. Muy pronto se congregaron allí gran número de hombres y mujeres. Todos hablaban a la vez y el ruido y confusión iban en aumento. El soldado queriendo llevar preso a Tell y el pueblo tratando de impedirlo.—¡Socorro!—gritó el soldado esperando que algunos de sus camaradas se hallaran por las cercanías y se lo pres-

taran.—¡ Socorro ! ¡ socorro ! ¡ Traición ! ¡ traición !

Entonces, dominando el tumulto y la confusión, se oyó el galope de algunos caballos y el ruido de espadas y armaduras.

—¡ Paso al señor Gobernador ! ¡ Paso digo ! —ordenó un heraldo.

El griterío cesó como por encanto y la multitud se dividió formando una calle por la que pasó Gessler, ricamente ataviado, altivo y orgulloso como siempre, seguido por algunos de sus amigos y soldados. Detuvo su caballo y mirando irritado a la multitud preguntó :

—¿ Qué es este motín ?

—Señor—dijo el soldado adelantándose—este desvergonzado que no ha querido saludar al sombrero, contra lo mandado por vuestra señoría.

—¿ Cómo ?—exclamó frunciendo su entrecejo.

—¿ Quién ha sido el atrevido que contra viene mis órdenes ?

—Es Guillermo Tell, de Bürglen, señor.

—Tell—repitió Gessler dando media vuelta

sobre la silla del caballo para mirar al rebelde, que tenía de la mano a su hijo.

Durante algunos instantes Gessler, sin decir otra palabra, lo miró enfurecido.

—He oído decir que eres gran tirador, Tell—dijo luego Gessler burlescamente—y que siempre das en el blanco.

—Es cierto, señor—repuso el pequeño Walter que estaba muy orgulloso de la habilidad de su padre.—Puede tocar a una manzana colgada del árbol situado a un centenar de pasos de distancia.

—¿Es tu hijo?—preguntó Gessler mirando al niño y sonriendo malignamente.

—Sí, señor.

—¿Tienes más?

—Otro niño, señor.

—¿Los quieres mucho, Tell?

—Sí, señor.

—¿A cuál de los dos quieres más?

Tell vaciló. Miró al pequeño Walter y luego pensó en su Guillermito que estaba en casa —Amo a los dos igualmente, señor—dijo al fin.

—¡Ya!—exclamó Gessler. Y permaneció un minuto pensativo.—Bueno, Tell—dijo luego—he oído hablar tanto de tus fanfarronadas acerca de la habilidad que posees para tocar manzanas a cien pasos de distancia, que me gustaría verlo. Por lo tanto vas a disparar a cien pasos de distancia contra una manzana colocada sobre la cabeza de tu hijo. Ya ves que éso será mucho más fácil.

—Señor—exclamó Tell poniéndose pálido—creo que queréis bromear. ¿No es verdad? Sería horrible. Obligadme a hacer cualquier cosa menos ésta.

—Tirarás a una manzana colocada sobre la cabeza de tu hijo—repitió Gessler con calma.—Quero juzgar por mí mismo de tu habilidad y te mando que lo hagas. Aquí traes tu ballesta. ¡Hazlo!

—¡Prefiero morir!—dijo Tell.

—Perfectamente, pero no te figures que vas a salvar a tu hijo. Morirá contigo. Tira pues, o moriréis los dos. Y apunta bien porque, si no das en el blanco, pagarás con tu vida.

Tell se puso aún más pálido. Su voz tembló

al replicar—Señor, fué una locura. Perdonadme esta vez y en lo sucesivo inclinaré siempre mi cabeza al pasar ante este sombrero.—A pesar de lo orgulloso y valiente que Tell era, se doblegó al Gobernador ante la idea de que podría matar a su propio hijo.

—Haberlo hecho antes—repuso Gesler cada vez más irritado.—Infringís las leyes, y cuando, en vez de castigaros como merecéis, se os da una oportunidad para escapar a la pena, gruñís y os resistís a ejecutar lo que os mandan. Haberlo hecho antes, repitió. Heinz—continuó dirigiéndose a un soldado—tráeme una manzana.

El soldado echó a correr para cumplir esta orden.

—Atad al niño a aquel árbol—dijo Gessler, señalando un corpulento tilo que se hallaba a poca distancia.

Dos soldados cogieron a Walter y lo ataron al árbol. El niño no estaba asustado lo más mínimo y apoyado en el tronco permanecía absolutamente inmóvil y tranquilo. Luego, en cuanto llegó el soldado con la manzana, Gessler se acercó al tilo e inclinándose sobre el

arzón colocó el fruto sobre la cabeza del niño.

Durante toda la escena anterior, el pueblo había permanecido silencioso y Tell, con la mirada extraviada, contemplaba aquellos preparativos que le horrorizaban.

—¡Despejad!—gritó Gessler, y los soldados cargaron contra la multitud haciéndola retroceder a derecha e izquierda.

Cuando hubo espacio suficiente, dos soldados colocándose al lado del árbol en que el niño estaba atado, empezaron a marchar en dirección a Tell contando los pasos, y en cuanto hubieron andado un centenar se detuvieron.—Cien pasos, señor—dijeron volviéndose a Gessler.

Gessler se acercó y gritó:—¡Ven, Tell; desde aquí has de tirar.

Tell obedeció y sacando una flecha de su carcaj, la examinó cuidadosamente, y en vez de ponerla en su ballesta, la atravesó en su cinturón. Luego, con más cuidado todavía, eligió otra y la colocó en la ballesta.

En cuanto Tell adelantó la pierna disponiéndose a disparar, reinó el más profundo silencio entre los allí reunidos. Levantó el arco, pero

una niebla obscurecía su vista ; su brazo temblaba y la ballesta le caía de las manos. No podía disparar. El temor de matar a su hijo le privaba de su habitual valor y habilidad.

Un murmullo se levantó de entre el pueblo. Entonces desde el lugar en que estaba sujeto, el niño gritó :—¡ Tira, padre ! ¡ No tengo miedo ! ¡ No puedes errar el blanco !

Por segunda vez Tell levantó la ballesta. El silencio era aún más profundo, sepulcral, porque el pueblo de Aldorf conocía y amaba a Tell, a su hijo y a su suegro Walter Fürst, y todos esperaban el fin de aquella horrible prueba con el corazón angustadio.

Se oyó silbar la flecha. Un segundo después el silencio fué interrumpido por grandes gritos de alegría. La manzana había caído al suelo atravesada en su centro por la flecha.

Un hombre se adelantó y cortó la cuerda que sujetaba al niño ; otro cogió la manzana atravesada y la llevó a Gessler. Pero Tell permanecía en el mismo lugar como alelado, oprimiendo la ballesta con la mano, el cuerpo inclinado hacia adelante y los ojos extraviados

como si tratara de seguir el vuelo de la flecha. No veía ni oía nada.

—Hay que confesar que lo ha hecho—exclamó Gessler asombrado, contemplando la manzana.—¿Quién lo hubiera creído? ¡Atravesada por el mismo centro!

El pequeño Walter, entusiasmado, corrió hacia su padre.—¡Padre!—gritó.—Ya sabía que lo harías y no tenía ningún miedo. ¡Cuánto sabes!—añadió admirado; y riendo de alegría frotaba su rizado cabello contra Tell.

De pronto éste pareció despertar de un letargo y tomando a su hijo en sus brazos lo llenó de besos.—¡Estás sano y salvo, hijo mío!—Y a pesar de ser un hombre rudo, sus ojos estaban llenos de lágrimas mientras se decía:—Hubiera podido matarle; ¡matar a mi propio hijo!

Entretanto Gessler, sentado sobre su caballo, miraba sonriendo cruelmente al dichoso padre.

—Tell—dijo por fin—ha sido un disparo magnífico. Pero dime ¿para qué era la otra flecha?

Tell dejó su hijo en el suelo y se volvió hacia

el Gobernador.—Es costumbre de los arqueros, señor. Siempre preparamos una segunda flecha.

—¡Ca!—exclamó Gessler.—Esta contestación no me convence. Di la verdad, Tell.

Este permaneció callado.

—¡Habla!—ordenó Gessler— y si dices la verdad, cualquiera que sea, te prometo la vida.

—Ya que es así—repuso Tell encogiéndose de hombros y mirando a Gessler—ya que me prometéis la vida, oid la verdad. Si la primera flecha hubiera matado a mi hijo, os destinaba la segunda y estad seguro de que esta vez no hubiera errado el blanco.

El semblante de Gessler se puso pálido de ira. Durante algunos instantes no pudo hablar. Cuando por fin lo hizo, su voz era baja y terrible.—Te atreves—dijo—¿te atreves a decirme ésto? Te he prometido la vida y cumpliré mi promesa, pero no la libertad, y por lo tanto voy a encerrarte en obscuro calabozo, donde no verás nunca la luz del sol. Allí yacerás para siempre y así estaré tranquilo respecto a tí. ¡ Ah buen arquero ! En adelante las balles-

tas y las flechas te servirán de muy poca cosa !
¡ Atadlo, muchachos !

En un momento los soldados se apoderaron de él y lo ataron.

Mientras tanto Gessler miró a la multitud y vió las caras irritadas de los que contemplan la escena.—Tell tiene muchos amigos aquí—se dijo—y si lo encierro en el castillo de Uri lo ayudarán a evadirse. Me lo llevaré a Küssnascht en el bote. Allí ya no tiene amigo y estará absolutamente guardado.—Y en voz alta dijo :—Seguidme, muchachos, y llevadlo al bote.

Ai oir estas palabras los amigos de Tell prorrumpieron en grandes murmullos.—¡ Esto es contra la ley !—exclamaron algunos.

—¡ Ley, ley ! ¿ Quién hace las leyes, vosotros o yo ?

Walter Fürst había permanecido entre sus amigos silencioso y lleno de ansiedad y al oir las palabras de Gessler se adelantó y atrevídamente le dijo :—Señor, existe una ley en el país con arreglo a la cual nadie puede ser llevado a una cárcel fuera de su cantón. Si mi

yerno ha cometido alguna falta encerradlo aquí, en Uri, en Altorf. Si hacéis lo contrario, violáis nuestra antigua libertad y nuestros derechos.

—¡Vuestra libertad! ¡vuestros derechos! —exclamó burlonamente el Gobernador.—¡Lo que yo os digo es que debéis obedecer las leyes y no enseñarme a gobernar.—Luego hizo dar vuelta a su caballo y ordenó:—Adelante, muchachos, ¡al bote!—Y emprendió el camino hacia el lago, en el que estaba esperando una embarcación.

Walter se agarró a las rodillas de su padre llorando amargamente. Tell no podía tomarlo en sus brazos para consolarlo, porque los tenía atados, pero se inclinó hacia él y besándolo le dijo:—Walter, hijo mío, sé valiente. Vete con el abuelo y consuella a tu madre.

Tell fué conducido al bote de Gessler, seguido por el irritado pueblo, que sentía más que nunca profundo odio contra el tirano. Pero, ¿qué podían hacer? Era demasiado poderoso.

Tell fué arojado rudamente dentro de la barquichuela en donde fué estrechamente

guardado por dos soldados. Le quitaron la ballesta y las flechas, todo lo cual fué colocado debajo del banco del timonel.

Gessler se sentó. El bote emprendió la marcha y muy pronto se halló rodeado por las azules aguas del lago. Las circunstantes miraban tristemente la marcha del prisionero, y hasta entonces no se percataron del cariño y la confianza que en él habían depositado.

CAPÍTULO VIII

LA EVASION DE GUILLERMO TELL

EN los lagos de Suiza se presentan las tempestades con rapidez extraordinaria. Los naturales del país temen mucho a estas tormentas que bautizan con nombres propios según el viento que las origina. Al viento del Sur, que es el más temible, le llaman el Föhn. En aquel tiempo existía una ley que ordenaba apagar toda clase de fuegos en cuanto soplaba este viento, porque se introducía por las chimeneas con tal furia, que arrastraba las chispas de fuego por todas partes, y las casas, que estaban construídas únicamente con madera,

corrían gran peligro de verse incendiadas. Mientras navegaban, se produjo una de esas tempestades.

Nadie se dió cuenta, cuando Gessler se embarcó en su bote, de que el cielo estaba negro y el viento empezaba a soplar. Pero antes de que se hubiera alejado mucho de la orilla, comenzaron a elevarse olas de bastante altura y el viento a soplar cada vez con más furia.

Muy pronto el bote fué juguete de las furiosas olas. Los marineros asidos fuertemente a los remos impulsaban a la embarcación con todo el vigor de que eran capaces, mas a pesar de ello, el oleaje pasaba por encima del bote, llenándolo de agua. Los pasajeros iban de una parte a otra, agitados por la tempestad y a cada momento creían hundirse en las inquietas aguas.

Pálido de miedo, el patrón permanecía agarrado al timón. Era un austriaco que desconocía en absoluto los lagos suizos, y nunca en su vida se había hallado en semejante tormenta. Estaba aterrado comprendiendo que en breve naufragarían todos.

Envuelto en su manto, Gessler, permanecía silencioso y tranquilo, mirando la tempestad. También él comprendía el peligro.

Mientras la cubierta del bote era barrida por las aguas, uno de sus criados, como pudo, fué arrastrandose hasta los pies de su amo.

—Señor—dijo—ya véis que estamos perdidos, pero me parece que un hombre de los que aquí se hallan puede sacarnos del peligro.

—¿Quién es?—preguntó Gessler.

—Guillermo Tell, vuestro prisionero—repuso el criado.—Está reputado como uno de los mejores marineros de este lago, que conoce mucho. Si alguien hay capaz de salvarnos, es él.

—Traedlo—ordenó Gessler.

—Parece que eres tan buen marinero como excelente arquero, Tell—dijo Gessler, cuando el prisionero se halló ante él.—¿Puedes salvar la embarcación y llevarnos a tierra?

—Sí,—contestó Tell.

—Desatadlo—dijo Gessler a un soldado—pero fíjate, Tell, en que no estás libre. Aun cuando nos salves, serás mi prisionero. No te voy a dar ninguna recompensa.

La cuerda que sujetaba las manos de Tell fué cortada y éste tomó el timón.

Las olas se elevaban cada vez a mayor altura, el viento rugía con furia, pero bajo la firme mano de Tell, el bote parecía haber recobrado la seguridad de su marcha. Los remeros hacían su oficio con más ánimo y fuerza, obedeciendo a las voces de mando del nuevo timonel.

Este, al querer atravesar el lago, trataba de penetrar con su mirada la cortina de espuma que envolvía la embarcación. Existía un lugar que conocía muy bien, en donde sería posible desembarcar, por lo menos para un hombre atrevido como él. Trataba de descubrir el sitio en cuestión. Cada vez la playa se aproximaba más, hasta que, por fin, estuvo contigua al bote. El prisionero miró a su alrededor rápidamente. Su ballesta y las flechas estaban a sus pies. Se inclinó y apoderándose de ellas tomó impulso y al saltar a tierra, Tell dió con el pie un empujón al bote, lanzándolo de nuevo a las tempestuosas aguas del lago.



Al saltar a tierra, Tell dió con el pie un empujón al bote

Los marineros dieron un grito de asombro y rabia a la vez ; pero ya Tell estaba libre, porque nadie se atrevió a seguirlo en su peligroso camino. Muy pronto, ascendiendo por la escarpada vertiente de la montaña, desapareció entre los árboles.

En cuanto Tell hubo llevado a cabo su evasión, Gessler soltó un grito de rabia, y dió orden de desembarcar ; pero el barquichuelo a merced de la tempestad fué llevado al centro del lago, y los marineros austriacos, para quienes era desconocido, no se atrevieron a acercarse a la orilla por medio de hacerse trizas contra las rocas. Aun en medio de las aguas, esperaban naufragar a cada instante, pero, por fin, la misma desesperación pareció darles nuevas fuerzas y siguieron luchando lo mejor que supieron contra la furia del agua y del viento. Muy pronto, sin embargo, la tempestad fué amainando y pocas horas más tarde, calados hasta los huesos, pero sanos y salvos, Gessler y sus compañeros desembarcaban en la orilla de Schwytz.

CAPÍTULO IX

LA SEGUNDA FLECHA DE TELL

TAN pronto como desembarcó el Gobernador pidió un caballo, y silencioso, pero lleno de rabia y deseoso de venganza contra Tell y todos los suizos, se encaminó hacia su castillo de Küssnacht.

Tell, por su parte, también sintió sed de venganza. Aquella misma mañana era todavía hombre pacífico e incapaz de hacer daño a nadie, pero desde lo acontecido, se sentía muy otro. La cruel orden de Gessler le había hecho cambiar totalmente. No podía olvidar que, por culpa de éste, hubiera podido matar

a su propio hijo y aún se imaginaba ver al pequeño Walter atado al árbol y él obligado a disparar contra la manzana. Su sentimiento paternal no perdonaba el horrible peligro a que lo había expuesto, y para que, en lo sucesivo, no pudiera el tirano cometer tan criminales acciones como aquella y cesara de oprimir a su patria, sólo quedaba un camino : matarlo ; y esto es lo que Tell, desesperado, se propuso hacer.

Si Gessler escapaba de la tempestad, Tell estaba seguro de que iría directamente a su castillo de Küssnacht, para lo cual debía pasar por el camino que a él conducía, el cual, a su mitad aproximadamente, se estrechaba de modo considerable y a cada uno de sus lados se elevaban dos escarpaduras. Allí se propuso Tell esperar a Gessler, para libertar a Suiza de su opresor.

Sin detenerse para tomar alimento o descanso, Tell atravesó algunos bosques hasta llegar al sitio indicado. Una vez allí, esperó. Mucha gente transitaba por el camino ; algunos pastores llevando sus rebaños, viandantes de to-

das clases, y entre ellos una pobre mujer, cuyo marido había sido encarcelado por Gessler, hallándose ella a la sazón, sin casa y sin alimentos, y viéndose obligada, por lo tanto, a implorar la caridad con sus hijitos. Deteniéndose, se puso a hablar con Tell, y la historia que relató la pobre mujer acabó de encender la ira y el deseo de venganza en el corazón de nuestro héroe, confirmándolo en la idea de que era una acción noble y justa la que se proponía llevar a cabo.

Se puso el sol, y Gessler no llegaba, pero Tell siguió apostado en el mismo lugar. Por fin oyó lejano ruido de cascos de caballos y algunas voces. Sin duda se aproximaba el cruel Gobernador. Pero a medida que los sonidos fueron haciéndose más distintos, Tell comprendió que no era el que esperaba, porque oyó música y carcajadas. Al aparecer la cabalgata, vió que se trataba de la comitiva de una boda, que alegremente pasó a lo largo. El viento todavía llevó a Tell el sonido de sus carcajadas y gritos durante bastante rato, de manera

que, por un momento, llegó casi a olvidar a Gessler.

Cuando ya se había puesto el sol, Tell oyó nuevamente el ruido producido por el galope de algunos caballos. Un heraldo precedía a la comitiva gritando:—¡Paso al señor Gobernador!

Gessler apareció muy en breve. Tell pudo oír que en voz alta e irritada hablaba a un amigo suyo.—Quiero que se me obedezca—decía.—He tenido sobrada blandura con esta gente y van siendo demasiado orgullosos. Pero yo los domeñaré. Y lo mejor es que vienen hablando de su libertad. Os aseguro que la destruiré...—No pudo acabar la frase. Una flecha silbió en el aire, y, dando un grito de dolor, Gessler cayó al suelo falleciendo en seguida.

La segunda flecha de Tell había hallado su blanco.

Se produjo gran confusión. Los soldados de Gessler se apiñaron alrededor del cadáver de su amo, tratando de auxiliarlo; pero ya era inútil porque estaba muerto. Tell había apuntado bien.



La segunda flecha de Tell había hallado su blanco

—¿Quién ha cometido este asesinato?—
gritó uno de los amigos de Gessler mirando a su alrededor.

—He disparado yo—contestó Tell desde lo alto de la escarpadura.—Pero no he cometido ningún asesinato. Tan sólo he libertado a un pueblo pacífico de la baja cobardía de un tirano. Mi causa es justa y únicamente puede juzgarla Dios.

Al oír su voz todos se volvieron a mirar a Tell que permanecía tranquilo ante ellos.

—¡Prendedlo!—gritó el hombre que antes había hablado, tan pronto como se recobró de su asombro.—¡Prendedlo! ¡Es Tell, el arquero!

Cinco o seis hombres se encaramaron por la escarpadura tan deprisa como les fué posible. Pero Tell se deslizó ligeramente por entre los arbustos y en cuanto sus perseguidores llegaron a la cima ya no pudieron divisarlo.

El corto día de invierno había ya terminado y gracias a éso el fugitivo pudo, muy fácilmente, escapar a la persecución de los soldados de Gessler. Pronto la abandonaron y

volviendo al camino cogieron el cuerpo de su amo y lo llevaron al castillo de Küssnacht. Poco sentimiento causó su muerte, porque en vida había sido hombre cruel e incapaz de manifestar el menor sentimiento de bondad. Los soldados austriacos tampoco lo sintieron y en cuanto la nueva llegó al pueblo, todos se regocijaron.

Tan pronto como Tell vió que no era perseguido, se encaminó a ver a Stauffacher. No tuvo ninguna dificultad en hallar la bonita casa con el tejado rojo que tanta envidia diera a Gessler.

A tal hora no se veía ninguna luz en las ventanas y los habitantes parecían entregados al sueño. Pero Tell conocía el dormitorio de su amigo y empezó a llamar en la ventana hasta despertarlo.

—¡Guillermo Tell!—exclamó Stauffacher sorprendido—Walter Fürst me dijo que os habían preso. Gracias a Dios veo que ahora estáis libre.

—Sí, es cierto estoy libre ; y todos vosotros también. Gessler ha muerto.

—¡Gessler muerto!—exclamó Stauffacher. —Realmente hay motivo para alegrarse. ¿Cómo ha sido?—e hizo entrar a Tell en la casa.

Este relató la historia, y en cuanto la hubo terminado, viendo Stauffacher lo cansado que estaba, le dió algún alimento y le hizo acostarse.

Aquella noche Tell durmió tranquilo, y todo el siguiente día permaneció oculto en la casa de su amigo.—No debéis marcharos,—le dijo éste—porque los soldados de Gessler os están buscando.

Pero en cuanto llegó la noche, Tell salió de nuevo y con ayuda de algunos buenos amigos atravesó el lago y se dirigió a la casa de su suegro. Allí donde el día anterior había sido preso, se hallaba entonces libre de nuevo.

Excusado es decir la alegría con que fué recibido por el padre de su mujer. Al poco rato de su llegada algunos mensajeros fueron a convocar a todos los Confederados, como se llamaba a los que se habían reunido en Rütli.

Aquella vez acudieron a la cita con menos temor y no tanto secreto, porque ya no debían

recelar nada del cruel Gobernador. Algunos recriminaron a Tell, recordándole que había prometido esperar el día de año nuevo para empezar la obra.

—Ya lo recuerdo—repuso Tell, pero él me obligó a que lo hiciera.—Y todos los que habían dejado a un hijo en casa, comprendieron que en su lugar hubieran hecho lo mismo.

Tell había dado el primer golpe y en atención a ello, algunos de los Confederados deseaban alzarse en armas en seguida, pero los más se opusieron diciendo que mejor era esperar el día de año nuevo.

Así lo hicieron, y todo parecía tranquilo en el país, porque el Emperador no mandó a ningún Gobernador para substituir a Gessler. Estaba entonces lejos de Austria, demasiado ocupado en combatir a otros enemigos más importantes, para tener tiempo de pensar en Suiza.—Cuando haya terminado esta guerra —se dijo—será tiempo de conquistar a esos rebeldes.

CAPÍTULO X

TOMA DEL CASTILLO DE ROSSBERG

TRANSCURRIERON los días hasta que llegó el de año nuevo. Todo estaba preparado para el movimiento. Los suizos sabían perfectamente que, para alcanzar el éxito, era preciso apoderarse de todos los castillos que ocupaban los austriacos, de manera que sus primeros esfuerzos fueron encaminados a conseguir este resultado.

En Unterwalden existía un castillo llamado de Rossberg. Las murallas eran altas y muy gruesas y las puertas en extremo recias. Tomarlo por la fuerza parecía cosa imposible.

Entre los criados del castillo había una linda muchacha llamada Anneli. Tenía ojos muy risueños y cabello dorado, cuyas trenzas le llegaban hasta más abajo de la cintura. A pesar de las tristes circunstancias por que atravesaba Suiza, estaba siempre de humor inmejorable. Todo el mundo la quería, pero su preferido era un pastor llamado Joggeli, con quien estaba prometida.

Este era uno de los que habían asistido a la reunión de Rütli en donde, como los demás, juró libertar a Suiza de la tiranía de los austriacos. Muchas veces iba al castillo a visitar a Anneli, y como sabía que la muchacha amaba mucho a su patria, le confió que se trataba de conquistar la libertad de Suiza. Anneli, al saberlo, exclamó llena de entusiasmo:—¡ Oh, si yo fuera hombre también querría combatir ! ¡ No sabes, Joggeli, cuánto los odio !

Una noche mientras los dos estaban conversando, el joven la dijo:—Si quieres puedes ayudarnos mucho, querida Anneli.

—¿ Cómo ?—preguntó ella mientras en sus ojos se advertía el entusiasmo más vivo. Jog-

geli se inclinó, murmurando a su oído algunas palabras que pusieron aún más contenta a la muchacha.

—¡ Oh, Joggeli !—dijo—¿ Crees que podré ayudaros ?

—Sí, sí mucho—repuso el joven—tanto, que nada podremos hacer sin tí. ¿ Serás valiente ?

—Sí—repuso la joven—no tendré miedo. Me enorgullece seros útil.

Desde entonces los ojos de Anneli parecieron más alegres que nunca. Todo el día lo pasaba cantando, gozosa al pensar que iba a contribuir en gran parte a la liberación de su patria.

Una tarde, cuando Joggeli llegó al castillo, sacó del interior de su chaqueta un gran rollo de cuerda que llevaba escondido. Anneli lo tomó, guardándolo muy cuidadosamente. Desde entonces, cada día Joggeli fué llevando consigo más rollos de cuerda, que Anneli unía entre sí por medio de fuerte nudo y luego los ocultaba con el mayor cuidado.

La víspera de año nuevo, Anneli estaba

sola en su habitación, apoyada en la ventana, observando la muralla del castillo y escuchando atentamente. No tenía ninguna luz encendida. Todo en la reducida habitación estaba quieto y tranquilo. En el castillo fueron cesando uno tras otro los ruidos y a poco todos sus habitantes dormían, excepción hecha de Anneli y de los dos centinelas que guardaban la entrada. Dieron las doce. Después de la última campanada, Anneli buscó el rollo de cuerda y abrió la ventana. Luego ató fuertemente un cabo de la cuerda al barrote que dividía la ventana en dos. Entonces se puso a escuchar y esperó. Por fin oyó, hacia el pie del muro, débil ruido y en voz baja llamó: —¡Joggeli!

—¡Anneli!—contestaron.—Todo va bien.

En seguida la joven soltó la cuerda a lo largo de la muralla.

Anneli era valiente, pero se puso pálida y temblorosa mientras aguardaba la llegada de su prometido.—¿Y si se rompía la cuerda? ¿Y si la barra de hierro cedía?—se preguntaba asustada.



Al cabo de uno o dos minutos, Joggell apareció en la ventana

Sin embargo, antes de dos minutos, Joggeli apareció en la ventana, y agarrándose al barrote de hierro, penetró en la habitación.— ¡Bravo, hermosa mía!—exclamó besando la mano de la joven. Y volviéndose hacia la ventana hizo una seña a los de abajo. No habría transcurrido otro minuto, cuando apareció un hombre y luego otro y así sucesivamente, hasta que veinte hombres se hallaron en la habitación.

¿Estáis prontos, muchachos?—Preguntó Joggeli en voz baja.

—Sí—contestaron los demás del mismo modo.

Entonces, a un signo de Joggeli, la joven abrió la puerta, y seguida por los veinte hombres, bajó larga escalera y los condujo sin rodeos al interior de la gran puerta del castillo, donde debían vigilar dos soldados austriacos, que a la sazón dormían profundamente.

Los suizos se arrojaron sobre ellos y los ataron perfectamente antes de que pudieran dar un grito.

Dejando a dos hombres para que guarda-

ran la puerta, los demás se encaminaron, guiados por Anneli, a la habitación en que dormía el capitán, quien fué tratado de la misma suerte que sus dos soldados, y, en muy poco tiempo, sin haber derramado una sola gota de sangre, fueron dueños del castillo.

Abrieron los calabozos que había en las torres, libertaron a los presos y, para no dejar mucho tiempo vacías las mazmorras, encerraron en ellas a los soldados austriacos. Los suizos guardaron el castillo de manera que, nadie, ni mujeres ni niños, pudieron escapar a llevar noticias de lo ocurrido. Pero los vencedores, sobre la torre más alta encendieron una hoguera, para comunicar a Schwytz y a Uri que el castillo de Rossberg había sido tomado.

CAPÍTULO XI

TOMA DEL CASTILLO DE SARNEN

LANDENBERG habitaba un castillo llamado Sarnen. En la mañana de año nuevo salió de él lujosamente vestido y acompañado de su séquito de soldados y servidores en dirección a la iglesia. Cuando atravesaba la puerta, halló buen número de campesinos que pretendían entrar. Algunos llevaban ovejas, otros haces de trigo, orzas llenas de manteca, queso y huevos.

—¿Quiénes son éstos?—preguntó Landenberg deteniéndose a mirarlos.

—Son campesinos que vienen a traer los



regalos de año nuevo a Vuestra Señoría—contestó un soldado.

Landenberg escudriñó con la mirada a los campesinos para ver si alguno de ellos iba armado, porque estaba prohibido entrar con armas en la morada del Gobernador; pero viendo que sólo algunos llevaban garrotes, dijo:—Acompañadlos a que dejen sus presentes en el castillo.—Y siguió su camino hacia la iglesia.

Gracias a esta orden se les permitió la entrada; más, tan pronto hubieron atravesado las puertas, cada uno de ellos sacó de su traje un cuchillo, que llevaban oculto, y lo fijaron en un extremo del garrote. Arnaldo de Melchtal, que los capitaneaba, se llevó un cuerno a los labios y dió un vigoroso toque. Al oírlo, treinta hombres que estaban ocultos cerca de las murallas del castillo se precipitaron a él uniéndose a sus camaradas. Todos juntos cayeron sobre los soldados austriacos con quienes entablaron lucha feroz. Al fin los suizos consiguieron la victoria. Todos los austriacos

fueron hechos prisioneros y en breve el castillo ardió por todos lados.

Landenberg estaba arrodillado en la iglesia, llena de mujeres que pedían a Dios la victoria de sus padres, hermanos y maridos. De pronto, se oyó desde allí el lejano sonido de un cuerno. Landenberg se sobresaltó un poco, sin saber por qué. El sacerdote lo había oído también y se detuvo un momento. Luego continuó la lectura del Evangelio; pero en su voz hubiera podido advertirse extraña expresión de contento, pues sabía muy bien el significado de aquel sonido.

Pocos momentos después, la puerta de la iglesia se abrió empujada bruscamente, dando paso a un soldado austriaco, pálido, sin aliento y manchado de sangre.—¡Huid, señor, huid!—gritó.—Los suizos han tomado el castillo y ahora está ardiendo.

—¿Qué simplezas dices?—repuso Landenberg.—Los suizos no son rebeldes. ¿Estás borracho tan temprano?

—Es la pura verdad, señor—insistió el sol-

dado.—Es muy cierto, lo juro. Escuchad, desde aquí podréis oír sus gritos.

Mientras el hombre hablaba, y gracias al silencio que guardaban todos los fieles, a través de la puerta se podían oír, en efecto, los gritos del pueblo y el ruido de las murallas al desplomarse minadas por el incendio.

Landenberg, comprendiendo que eran ciertas las noticias, se puso pálido y se volvió como si quisiera huir.

—No es posible ir al castillo, señor,—dijo el soldado que llevara las tristes nuevas. Todos los pasos están guardados. Lo mejor es ir a la montaña. Si queréis os acompañaré; conozco un sendero algo escabroso por el cual podremos salvarnos.

—Guía, pues; ya te sigo.—dijo Landenberg. Y a la cabeza de sus soldados y criados, emprendió la fuga.

Mas al llegar al sendero, lo hallaron lleno de nieve y tan intransitable, que a pesar del peligro de retroceder, tuvieron que hacerlo. El despótico tirano del día anterior, huía por la montaña como fiera perseguida por el caza-

dor. Muertos de hambre y de frío, él y sus acompañantes se veían obligados a ocultarse durante el día y a caminar por la noche. Sin embargo, lo cierto era que muy poco debían temer. Los suizos sabían perfectamente los lugares que recorrían y sin esfuerzo alguno los hubieron podido prender y condenar a muerte; pero no lo hicieron, porque anhelaban la libertad, no la venganza.

Por fin Landenberg cayó prisionero y fué conducido ante Enrique y Arnaldo de Melchthal. Este odiaba Landenberg por la crueldad con que había tratado a su anciano padre.

—Dejaste ciego a mi padre— dijo— y ahora vas a pagarlo.

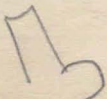
Landenberg, que era tan cobarde como malo, temblando de miedo se arrodilló ante Arnaldo y le pidió perdón muy humildemente. Enrique tenía buen corazón; se apiadó del tirano caído y lo dejó en libertad; pero antes le hizo jurar que saldría de Suiza y que no regresaría jamás. Landenberg juró sin oponer la menor resistencia. Entonces él y sus servidores, guardados por soldados suizos, fueron

conducidos a la frontera y allí se les dejó en libertad. Contentos con haber salvado la vida, abandonaron de prisa aquel lugar, encaminándose hacia Austria, donde se presentaron ante su señor, el Emperador Alberto.

En el día de año nuevo fueron tomados y arrasados todos los castillos que estaban en poder de los austriacos. Hasta el castillo de Uri que estaba ya terminado completamente, fué destruído. Y en cuanto tomaban un castillo, en la torre más alta encendían una hoguera como señal, para transmitir a lo lejos la victoria obtenida.

El primer esfuerzo en favor de la libertad había tenido completo éxito. Pero, en su alegría, los suizos fueron compasivos. Ninguno de los capitanes austriacos y tan sólo algunos soldados perdieron la vida. Unicamente los hicieron prisioneros y se los expulsó del país.

Una semana después de la toma de los castillos, los Confederados se reunieron de nuevo en Rütli ; pero entonces no tuvieron necesidad de hacerlo de noche y con sigilo, porque como ya no había en el país ningún austriaco, no



tenían nada que temer. Sin embargo, comprendieron que, a pesar de haber hecho grandes cosas, la lucha no estaba terminada. Había certidumbre de que el Emperador, cuando supiera lo ocurrido, se irritaría mucho e iría a Suiza a combatirlos. Así, pues, se juramentaron de nuevo solemnemente, prometiendo que durante los diez años venideros se auxiliarían mutuamente y combatirían cada uno por todos.

El Emperador había querido tratar tan mal a los suizos a fin de que se rebelaran, y tener así pretexto para conquistarlos. Mas cuando a él llegaron las nuevas de lo sucedido, y se enteró de que no habían matado a ningún austriaco, contentándose tan sólo con expulsarlos de Suiza, se irritó de modo indecible: con tanto mayor motivo, cuanto que, ocupadísimo en guerras contra Austria, no tenía soldados para la conquista de Suiza.

De esta manera los suizos fueron dejados en paz, y tuvieron tiempo para prepararse a la lucha que se aproximaba.

CAPÍTULO XII

MUERTE DEL EMPERADOR ALBERTO

EL Emperador era odiado por muchos pueblos además del suizo. Era tan malo y cruel que realmente merecía esta animadversión de sus vasallos.

Entre los que más le odiaban estaba el Duque Juan, sobrino suyo. El padre de éste había muerto cuando el Duque era niño aún, y su tío Alberto fué encargado de ejercer la tutoría, administrándole sus bienes. Cuando el Duque Juan llegó a la edad de veinte años pretendió gobernar por sí mismo sus tierras y su fortuna. El Emperador era muy avaro, y

no quiso devolverle la herencia que cada día le reclamaba el Duque.—Todavía no tenéis bastantes años—le contestaba el Emperador.

Pero esta respuesta irritaba al joven, mucho más al ver que sus primos, los hijos del Emperador, con ser más jóvenes que él, gobernaban ya sus dominios y eran tratados como grandes príncipes.

Por fin el Emperador terminó la guerra en Austria y se preparó a combatir a los suizos. Mientras reunía su ejército, acudieron a su castillo algunos amigos suyos para aconsejarle los mejores medios de conquistar Suiza. Entre ellos fué también el Duque Juan.

El último día de abril de aquel año, el Emperador y su sobrino, el Duque Juan, cabalgando en hermosos caballos, atravesaban un bosque. El cielo estaba azul, los pájaros cantaban alegremente, la naturaleza risueña y hermosa comunicaba a todos los seres su alegría. —Dejadme gobernar mi ducado, tío—dijo el Duque Juan.—Ya es tiempo de que la corona ducal sea colocada en mis sienes.



— Es una corona bastante buena para vos

—Sois un niño—repuso el Emperador.—
Sois demasiado joven para gobernar.

—No soy más joven que mis primos—repuso Juan amargamente—y ya les habéis dado coronas y reinos.

—¡ Oh !—exclamó el Emperador—¿ también queréis una corona?—Y deteniendo su caballo, se inclinó para desgajar una rama de un árbol contiguo. La torció en forma de corona y riendo la entregó a su sobrino.—Esta—dijo—es una corona bastante buena para vos.

El Duque Juan, irritado, arrojó la rama al suelo. Estaba lívido de rabia.—Os habéis burlado miserablemente—dijo—; pero desde hoy entre vos y yo sólo habrá odio y guerra sin cuartel. No os reclamaré más mi ducado—y clavando las espuelas en su caballo, se alejó.

—Es un asno—dijo riendo el Emperador—¿ en qué podrá perjudicarme?

Aquella misma noche el Duque Juan habló detenidamente con sus amigos. Sólo existía un medio para conquistar su herencia. Como su tío no quería dársela, era preciso matarlo.

Al día siguiente el Emperador iba por el

campo con su séquito de soldados y criados. Era el primer día de mayo y en todas partes reinaba general regocijo. El Emperador, en compañía de un amigo, iba delante, a mucha distancia de sus acompañantes. Llegaron a un puente que atravesaba un río, y mientras lo cruzaban divisaron al Duque Juan que venía en dirección contraria. En su mano llevaba una espada desnuda que brillaba a la luz del sol—. Voy a recompensaros de vuestras burlas—dijo al aproximarse ;—ahora os veréis obligado a cederme mis dominios.—Y antes de que el Emperador adivinara lo que iba a hacer, el Duque Juan le atravesó el pecho con su espada. Los dos amigos del Duque Juan también atacaron al soberano ; uno le dió un golpe en la cabeza y el otro le hundió su espada en el cuerpo. Alberto cayó al suelo, y el caballero que le acompañaba, temiendo por su vida, emprendió la fuga.

El Duque Juan y sus amigos, asustados por la criminal acción que acababan de cometer, huyeron también dejando al mal herido Emperador tendido en tierra. Allí le halló una po-

bre mendiga, y teniendo lástima de él, hizo cuanto pudo para auxiliarlo, pero nada pudo salvarle la vida. Así murió aquel Emperador tan poderoso ; en un puente, y en los brazos de una pordiosera.

Al huir, el Duque se encaminó a Suiza ; pero sus habitantes al enterarse del crimen no quisieron darle hospitalidad. No hemos combatido contra el Emperador,—dijeron—tan sólo hemos expulsado a los austriacos.

De esta suerte las puertas de las ciudades suizas se cerraron para el Duque Juan. Las de Zürich, población importante de Suiza, habían permanecido abiertas durante veinte años, de manera que los goznes se resistían a girar ; pero sus habitantes querían demostrar fidelidad al Imperio, y empleando toda su fuerza consiguieron cerrarlas, aun cuando, al hacerlo, los goznes gimieron como si se quejaran.

Pero si los suizos no quisieron albergar al Duque Juan, tampoco quisieron castigarlo ni prenderlo.—No queremos vengar al Emperador, que no fué bueno para nosotros—dijeron.

—Tampoco hemos de castigar al Duque Juan, que ningún mal nos ha hecho nunca. No tenemos nada que ver con su crimen. Nosotros sólo deseamos paz y libertad.

Durante dos años el Duque Juan anduvo errante por varios lugares disfrazado de monje, hasta que por fin se encaminó a Italia, en donde se dice que murió solo y miserable.

Después del asesinato de Alberto, los Príncipes eligieron otro Emperador, llamado Enrique. No era ningún príncipe de Austria y fué bueno para los suizos. Les dió cartas confirmando su libertad, asegurándoles que Austria no tenía ningún poder sobre ellos, y que tan sólo debían obediencia al Emperador y no a los príncipes de aquella nación.

CAPÍTULO XIII

LA BATALLA DE MORGARTEN

POR algún tiempo los suizos gozaron de paz, pero cuando murió el Emperador Enrique, el Duque de Austria, llamado Leopoldo, trató de que los Príncipes lo eligieran Emperador. Mas como Alberto había sido tan odiado por todos, los Príncipes no quisieron elegir a otro austriaco, lo cual dió grande alegría a los suizos, pues temían depender nuevamente de Austria. El nuevo Emperador se llamaba Luis y también fué bondadoso para los suizos, como Enrique lo había sido y les dió nuevas cartas, confirmando que eran un pueblo libre.

El Duque Leopoldo de Austria se irritó mucho al ver que no le habían designado, y ello contribuyó a que aumentara el odio que ya sentía contra los suizos. Como el Duque Alberto, resolvió combatirlos y conquistarlos.— ¡Miserables campesinos!—exclamó.— ¡Voy a aplastaros bajo mis pies!

Reunió, pues, su ejército y emprendió el camino hacia Schwytz, que se proponía conquistar antes que ningún otro cantón. Estaba tan seguro de la victoria, que, con los bagajes, llevó gran cantidad de cuerdas para atar a los prisioneros.

Pero en cuanto los suizos se enteraron de la proximidad de Leopoldo, se prepararon para el combate, fortificando sus ciudades lo mejor que les fué posible, y vigilando día y noche la llegada del ejército.

El Duque Leopoldo era hombre fiero y terrible, mas también de facciones muy hermosas y elevada estatura. Tenía majestuoso aspecto, cuando cubierto con su armadura, iba al frente de sus tropas. En pos 'de él marchaban los caballeros más famosos de Austria,

capitaneando a veinte mil soldados, excelentemente equipados y cubiertos con brillantes armaduras.

Y aquel gran ejército marchaba a la conquista de un pueblo defendido tan sólo por seiscientos campesinos. El resultado no parecía dudoso. Sin embargo, el Duque Leopoldo ignoraba lo que aquel puñado de hombres era capaz de hacer, combatiendo por la libertad de su patria.

Cuando los hombres de Schwytz supieron que el ejército del Duque estaba cerca, mandaron mensajes a Uri y Unterwalden pidiendo ayuda. No la solicitaron en vano, porque el 14 de Noviembre, a la puesta del sol, llegaron cuatrocientos hombres de Uri, mandados por Tell y Walter Fürst.

A media noche se congregaron todos alrededor de las hogueras de los puestos de guardia, y Arnaldo de Melchthal llegó de Unterwalden al mando de trescientos hombres más. El ejército entero de los defensores, ascendía entonces a la cifra de mil trescientos hombres.

Los jefes celebraron consejo de guerra.

—Hermanos—dijo Stauffacher—una vez más nos hemos reunido para combatir contra Austria, y con la ayuda de Dios obtendremos nuevamente la victoria. Aun entre los mismos austriacos contamos con amigos. Ayer tiraron esta flecha a nuestro campamento—dijo mostrándola, para que todos pudieran verla.—Atado al extremo posterior hay, como veis, un pedazo de pergamino en el cual están escritas las palabras «Atención a Morgarten». Esto es, sin duda, un aviso.

—¿Y qué significará?—preguntaron algunos.

—¿Estáis seguro de que quien la tiró, no es un traidor, en vez de amigo?

—Conozco el carácter de la letra. Sin duda procede de un amigo.

—¿Quién es?

—Esta letra es del conde Enrique de Huneberg, que, a pesar de ser austriaco, es nuestro amigo.

—En efecto,—dijeron unos cuantos—podemos confiar en él, porque es justo y bueno.

Entonces se levantó un hombre ya muy an-

ciano, y, en cuanto los demás comprendieron que deseaba hablar, guardaron profundo silencio. Estaba tan débil y la piel de su faz tan arrugada, que a las claras se veía que no se encontraba allí en calidad de combatiente, pues apenas lo sostenían sus piernas ; pero, a juzgar por la atención que le prestaban todos, se hubiera advertido que era hombre de buen consejo. Además, amaba a su país, y esto unido a la prudencia de sus años, justificaba el que todos oyeran y siguieran gustosos sus indicaciones.

—Esta carta es el aviso de un amigo—dijo el anciano—y significa que es preciso ocupar las alturas de Morgarten. El Duque Leopoldo conducirá su ejército a través del valle que corre al pie de la montaña de Morgarten. Cuando sus caballeros y soldados se hallen metidos en la especie de callejón que allí se forma entre la montaña y el lago, estarán en absoluto a nuestra merced. Entonces los atacáis desde arriba y no podrán escapar.

Los jefes resolvieron seguir su consejo y en cuanto estuvo dispuesto todo para la próxima

batalla, se echaron para dormir hasta la aurora ; mas apenas se habían tendido, cuando el rumor de pasos que se acercaban les hizo incorporarse de nuevo.

—¿Quién vive?—gritó el centinela.

—Amigos—contestaron. —Queremos hablar con los jefes del ejército.

A través de las sombras de la noche, se podían ver siluetas de unos cuantos hombres. Pronto fueron rodeados y sus jefes conducidos ante Guillermo Tell y los demás capitanes.

—¿Quiénes sois y qué queréis?—preguntóles Tell.

—Somos proscritos — contestaron. —Por nuestra mala conducta nos han desterrado del país ; pero estamos arrepentidos de nuestras pasadas acciones y venimos a suplicar que se nos conceda la ocasión de recuperar honrosamente el lugar que hemos perdido entre vosotros. Somos cincuenta y ofrecemos nuestras vidas para combatir contra el enemigo. Permitidnos ser los primeros en atacar a los austriacos, pues tenemos deseos de morir por nuestra patria.

—Alejáos un poco—dijo Tell—hasta que resolvamos sobre vuestra petición. —¿Qué os parece?—preguntó a sus amigos en cuanto los proscritos se hubieron retirado.

—No pueden combatir con nosotros—respondieron.—No tenemos confianza en ellos.

Se comunicó tal respuesta a los proscritos y se les mandó que se retiraran.

Los hombres lo hicieron tristes y cariacontecidos al ver que no se les permitía combatir con los confederados. Se marcharon, pues, pero sin alejarse del campamento. A poca distancia de éste, una masa de peñas avanzaba hacia profundo precipicio. Allí acamparon en espera del enemigo, pues aun cuando no se les había permitido combatir con el ejército, estaban decididos a pelear por su patria. No disponían de armas de ninguna clase, pero se valdrían de cualquier medio para realizar su objeto.

Pronto la luz de la aurora empezó a teñir de rojo los nevados picos de las montañas. El ejército de los suizos estaba ya preparado y en orden de combate. Llevaban casi todos sencillas

armaduras, y, además de sus ballestas y flechas, su arma principal, la «Estrella de la mañana». Así llamaban a una pesada maza, cuya cabeza erizada por completo de agudas puntas de hierro le daba aspecto de estrella, y, a pesar de tan poético nombre, era en verdad arma temible.

Cuando los suizos estuvieron prestos para la batalla, se arrodillaron todos, como acostumbraban, rogando a Dios, su único Señor, que los ayudara en aquel trance. —Señor, Dios del cielo y de la tierra, mira la humildad con que te imploramos para conseguir la libertad de nuestra patria. Demuestra que no desamparas a los que en Ti creen, y que humillas a los que sólo confían en sí mismos y fundan su gloria en su propio esfuerzo.—Después de esta oración se levantaron en espera del ataque del enemigo.

No aguardaron mucho rato. Los primeros rayos del sol invernal cayeron sobre los yelmos, corazas, escudos brillantes y desnudas espadas de los austriacos. A lo lejos, hasta donde alcanzaba la vista, el valle estaba repleto de mu-

chedumbre de hombres y caballos, que se movían despacio, con las banderas y estandartes flotando al viento.

Nunca los suizos habían visto tan numeroso ejército. Siguieron avanzando, primero la caballería, y luego la infantería, hasta llenar el angosto valle comprendido entre la montaña y el lago. En la cumbre del monte los suizos atisbaban y esperaban.

Entretanto los cincuenta proscritos no habían permanecido ociosos. Acopiaron y llevaron al borde del precipicio gran cantidad de pedruscos enormes, y, al ver que el ejército enemigo ocupaba el valle, comprendieron que había llegado la hora de obrar. La vertiente de la montaña era resbaladiza, y los jinetes austriacos avanzaban despacio y cuidadosamente; mas los peones, que no tenían iguales motivos para retardar su marcha, empujaban de tal manera a los jinetes, que muy pronto las filas estuvieron rotas y empezó a reinar desorden. En aquel preciso instante, los proscritos, prorumpiendo en salvajes gritos, hicieron rodar las piedras por la vertiente de la montaña, que

fueron a caer sobre el enemigo. Inútil es decir que tan inesperado como terrible ataque, acabó de desconcertar a los soldados. Algunos empezaron a huir llenos de pánico y los caballos, enloquecidos, a galopar furiosamente entre los infantes, causando ellos más víctimas que las piedras lanzadas por los proscritos ; y entretanto los soldados de infantería que se hallaban a alguna distancia y no se habían enterado de lo que sucedía, seguían avanzando y empujando a los que tenían delante.

Cuando el pánico se generalizó, los suizos, descendiendo por la montaña, empezaron con buen orden el ataque, porque a pesar de ser rápida la pendiente, podían bajar despacio y detenerse donde les convenía, gracias a llevar en las suelas de sus zapatos grandes clavos puntiagudos que se agarraban al suelo. Blandiendo sus «Estrellas de la Mañana» cayeron sobre los enemigos ya completamente desmoralizados.

Hubo gran matanza en aquel valle. Los soldados y caballeros, caían uno tras otro a los golpes terribles de las mazas de los suizos.

Muchos centenares de ellos fueron aplastados por sus mismos compañeros que trataban de huir. Muchos también, se arrojaron al lago, esperando salvarse ; pero los más se ahogaron.

Temerariamente, Tell combatía entre los suyos. Mientras con su maza se iba abriendo paso entre los enemigos, dos caballeros se arrojaron sobre él. —¡ Muere, traidor !—gritaron mientras sus espadas centelleaban a la luz del sol ; pero Tell evitó sus acometidas, y blandiendo su «Estrella de la Mañana» dió con fuerza sobre uno de los dos caballeros, en tanto que con el puñal se defendía del otro.

El primero cayó, y, al hacerlo, el yelmo se levantó de manera que Tell pudo ver su cara. Era la de Dietrich, el hijo de Gessler.

El segundo caballero atacó furiosamente a Tell, pero muy pronto cayó muerto al lado de su hermano, pues también era hijo de Gessler. Los dos habían querido vengar la muerte de su padre.

Asimismo Landenberg, a pesar de su juramento de no volver a pisar nunca la tierra sui-

za, se hallaba entre el ejército austriaco, pero también perdió la vida.

En menos de hora y media, antes de las nueve de la mañana, los suizos consiguieron victoria completa. Se dice que quince mil hombres murieron en la batalla. Todo el orgullo y la gloria del ejército austriaco se perdieron en aquella ocasión. Durante muchos años después, fueron raros los cuerpos de caballería en Austria, porque la flor y nata de los caballeros perecieron en la batalla de Morgarten.

El mismo Duque Leopoldo escapó a duras penas de aquella matanza. Fué arrastrado casi a la fuerza por un soldado que conocía los pasos de las montañas, y pálido como la muerte, con su vestido destrozado y con la desesperación en el alma, llegó aquella tarde a lugar seguro.

Ya no intentó, en adelante, arrebatarse la libertad de los suizos. Después de aquella batalla se firmó un tratado de paz, que cada año se renovaba.

Con todo y ser esta victoria, golpe terrible para Austria, la lucha no había terminado.

Hasta dos siglos después de la muerte de Guillermo Tell, los suizos no pudieron conseguir la tan ansiada libertad, pero ya no cayeron sobre ellos pruebas tan terribles como las que acabamos de relatar. No soportaron más las tiranías que les hicieron sufrir Gessler y Landenberg.

En señal de gratitud por la victoria de Morgarten, los suizos elevaron una capilla sobre el campo de batalla. En sus paredes hay pintadas las principales escenas del combate, y cada año, el 15 de noviembre, aniversario del glorioso hecho, se celebra allí una ceremonia religiosa.

Tell vivió tranquilamente durante muchos años en su casita de Bürglen, feliz y rodeado de su mujer e hijos. En el año 1354 hubo una gran inundación que arrastró muchas casas y causó enormes perjuicios. Mucha gente pereció ahogada y Guillermo Tell, que a la sazón era ya muy anciano, fué uno de éstos.

Pero aún vive en la memoria del pueblo suizo. Lo aman y honran como salvador de la patria. En el solar donde estuvo su casa de

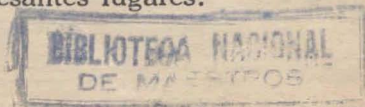
Bürglen existe ahora una iglesia, en una de cuyas paredes están escritas en alemán las siguientes líneas :

«Aquí donde se alza esta santa capilla, vivió el gran Guillermo Tell, salvador de su patria. Fué el padre de nuestra libertad y para conservar el recuerdo de su generosa vida y al mismo tiempo dar gracias a Dios, hemos construído esta capilla. Reflexionad, compatriotas, en lo mucho que Dios y nuestros padres han hecho por nosotros.»

Existe otra capilla en el lugar en que Tell escapó del bote de Gessler. Anualmente, se celebra allí una función religiosa y el pueblo, ataviado con sus mejores galas, acude de todas partes formando alegre procesión, con botes artísticamente adornados, para honrar la memoria de su héroe.

También en Küsnach, en donde murió Gessler hay otra capilla. La que hoy existe es la segunda construída, pues la primera cayó en ruinas.

Tal vez algún día iréis a Suiza y podréis ver estos interesantes lugares.



LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

COLECCION ARALUCE

Esta colección se compone de las obras más famosas en el mundo y cumple a maravilla el precepto de INSTRUIR DELEITANDO, contribuyendo, además, a formar el buen gusto de los jóvenes lectores.

OBRAS PUBLICADAS

~~Guillermo Tell.~~
Historias de Shakespeare.
Los Héroes.
La Divina Comedia.
Historias de Hans Andersen.
Historias de Wagner.
Viajes de Gulliver.
La Cabaña del tío Tomás.
Cuentos de Grimm.
Robinson Crusoe.
La Iliada.
Historias de Calderón de la Barca.
La Odisea.
Más historias de Shakespeare.

~~Don Quijote de la Mancha.~~ (2 tomos).
Historias de Chaucer.
Cántico de Navidad.
Yvanhoe.
~~Los Caballeros de la tabla redonda.~~
Cuentos de la Alhambra.
~~La Infantina de Francia.~~
El Paraíso perdido.
~~Los lusiadas.~~
~~La Gitanilla de Cervantes.~~
El lazarillo de Tormes.
~~Hazañas del Cid.~~
Historias de Lope de Vega.
Fábulas de Esopo.
La Canción de Rolando.

